

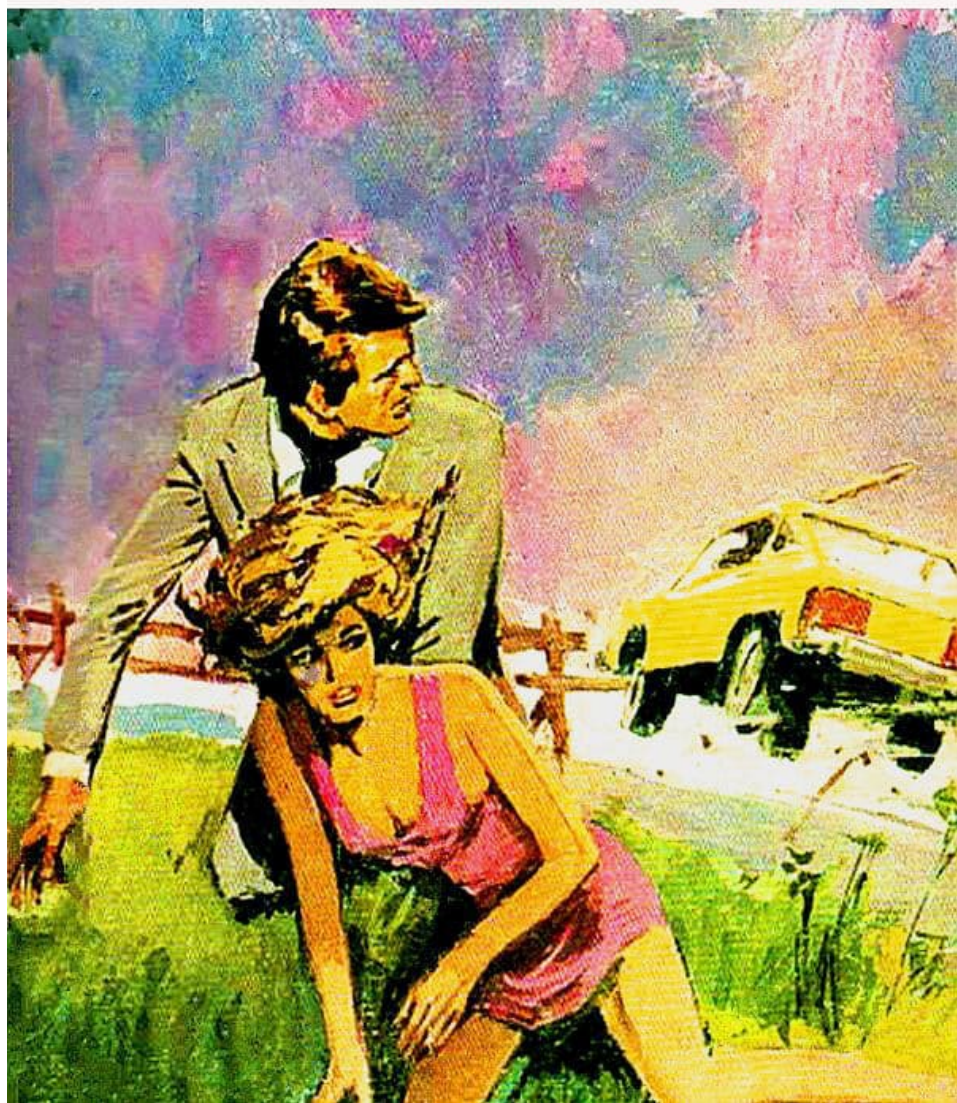
BOLSILIBROS BRUGUERA

SS

SERVICIO SECRETO

el hombre de los ojos de pez

CLARK CARRADOS



El hombre, vestido con una bata blanca, estaba inclinado sobre un microscopio, tan absorto en su labor, que ni siquiera levantó la cabeza cuando oyó el ruido de la puerta que se abría. Con el ojo todavía pegado al ocular del aparato óptico, emitió un gruñido de bienvenida.

—Buenas noches, doctor —dijo el recién llegado.

—Hola —contestó el hombre de la bata blanca.

—¿Doctor Steimler?



Clark Carrados

El hombre de los ojos de pez

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1318

ePub r1.0

Lds 23.08.18

Título original: *El hombre de los ojos de pez*

Clark Carrados, 1975

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

El hombre, vestido con una bata blanca, estaba inclinado sobre un microscopio, tan absorto en su labor, que ni siquiera levantó la cabeza cuando oyó el ruido de la puerta que se abría. Con el ojo todavía pegado al ocular del aparato óptico, emitió un gruñido de bienvenida.

—Buenas noches, doctor —dijo el recién llegado.

—Hola —contestó el hombre de la bata blanca.

—¿Doctor Steimler?

—Vamos, hable, diga lo que sea: puedo atenderle sin dejar de trabajar.

—Me envían a buscar la fórmula...

—Sí, lo sé. Pero hicimos un trato.

—Es cierto, doctor Steimler.

El científico se irguió un momento para mirar al recién llegado, pendiente de cuya mano derecha se veía un maletín de buen tamaño.

—¿El dinero? —dijo.

El visitante sonrió.

—Algo parecido —contestó.

—No hay nada más parecido al dinero que el dinero mismo, muchacho —dijo el científico sentenciosamente—. Mire ese sobre, ahí, encima de la mesa.

Los ojos del visitante fueron hacia el lugar indicado. En una de las mesas del laboratorio se veía un sobre de tamaño algo superior a lo normal y bastante abultado.

—Sí, lo veo.

—Se lo llevará cuando haya dejado el dinero.

—Ahora mismo.

El visitante dejó el maletín en el suelo, actuando con entera naturalidad. Metió la mano en el interior de la chaqueta, pero, en lugar de sacar un fajo de billetes, sacó una pistola provista de silenciador.

El científico no vio el gesto, debido a que se había inclinado una vez más sobre el microscopio. La primera noticia que tuvo de las intenciones de su visitante fue un golpe en la cabeza, detrás de la oreja.

La comprensión de lo que hacían con él entró en su cerebro juntamente con el mortal proyectil. Pero fue algo que duró solamente una milésima de segundo.

Cayó a un lado y el taburete cayó también. El asesino contempló fríamente su obra. Los pies de Steimler se movían convulsivamente, pero se quedaron quietos a los pocos segundos.

El asesino guardó la pistola sin hacer más disparos. Luego se acercó a la mesa y cogió el sobre, que guardó, doblado, en uno de sus bolsillos. Acto seguido, regresó junto a la maleta y la abrió.

El contenido de la maleta era una lata, cuyo tapón desenroscó, para empezar a verter su contenido inmediatamente por los puntos que estimó más fáciles de arder. Incluso encontró un gran botellón lleno de alcohol y derramó igualmente el líquido, aunque sin romper el recipiente, que dejó de nuevo como estaba.

Cuando terminó la tarea, sacó del bolsillo un cabo de vela muy corto, de apenas un centímetro. Tras encenderlo, lo depositó en el suelo, en el centro de un charco de líquido combustible. Contempló la llama durante unos segundos y luego se inclinó para llevarse la maleta, a cuyo interior había vuelto la lata de gasolina.

Momentos después, salía del laboratorio. Subió al coche, arrancó en la oscuridad y rodó durante un par de minutos, deteniéndose al fin en una distante colina, desde la que podía ver la oscura masa del laboratorio, junto al edificio que era la vivienda del doctor Steimler.

Había un par de ventanas iluminadas. Súbitamente, se encendió una gran llamarada.

El asesino encendió, a su vez, un cigarrillo. Las llamas del incendio alcanzaron bien pronto un enorme incremento. A los pocos minutos, el fuego hacía presa en el laboratorio y en la casa.

Ambos se hallaban algo alejados de la ciudad, por lo que los bomberos tardaron en llegar más tiempo de lo corriente. El asesino

permaneció en el mismo sitio hasta que captó el distante sonido de las primeras sirenas. Luego, tranquilamente, por un camino solitario, emprendió el regreso a la ciudad.

Estaba satisfecho. Gratuitamente había conseguido algo que podía valer millones.

—Total, por el precio de un cartucho y de diez litros de gasolina... —dijo a media voz, como si hablase con otra persona y le contase lo ocurrido.

* * *

El asesino se llamaba Peter Kallas. Aguardaba tranquilamente en su casa, contemplando un programa de televisión, con un grueso habano en una mano y un vaso mediado en la otra. Sobre una mesita baja tenía el sobre.

De pronto, llamaron a la puerta.

Kallas dejó el vaso y se levantó a abrir. Delante de él apareció un sujeto algo grueso, de rostro sanguíneo, cuyos ojos no se podían ver a causa de los cristales oscuros de sus gafas.

—Hola, Peter —saludó el recién llegado.

Kallas se echó a un lado.

—Habrá leído los periódicos, supongo —dijo.

—Sí. El jefe de bomberos achaca el incendio a una falta de precaución del doctor Steimler.

Kallas soltó una risita.

—Cuando un tipo se deja pegar un tiro, siempre es por falta de precaución —dijo—. ¿Trae la «pasta», Mac?

—Sí —contestó Clint McBrine—, pero antes me gustaría ver el sobre.

La mano de Kallas se movió negligentemente.

—Ahí lo tiene —indicó.

McBrine se acercó a la mesita. Kallas dijo:

—No trate de engañarme, Mac. Si quiere llevárselo, recuerde: diez mil «pavos».

—He traído el dinero —dijo McBrine tranquilamente.

Un grueso fajo de billetes voló para caer hacia el diván. A pesar de su impasibilidad, Kallas no pudo evitar un gesto de codicia y se lanzó hacia el dinero.

—Pero ¿de verdad valen tanto esos papeles? —preguntó.

—Sí —contestó el visitante, muy ocupado en rasgar el sobre.

En su interior había unos cuantos papeles, de textura muy gruesa y áspera. McBrine se extrañó del detalle, aunque no le concedió mayor importancia.

Kallas contaba el dinero. McBrine hojeó un poco los papeles y los volvió al sobre. Por encima del hombro miró al pistolero.

Sonrió. Kallas estaba muy ocupado contando los billetes. Silenciosamente, McBrine sacó una pistola y disparó tres veces contra Kallas.

Se oyó un rugido. Los disparos, en cambio, no habían hecho apenas ruido, debido al silenciador que atenuaba casi por completo el estruendo de las detonaciones.

Kallas fue lanzado primero sobre el diván y luego resbaló al suelo.

—Maldito —jadeó.

La sangre resbalaba por la comisura izquierda de sus labios. Desesperadamente, quiso sacar su pistola, pero McBrine hizo un nuevo disparo. Esta vez, la bala, después de abrir un agujero en el pómulo izquierdo, llegó al cerebro de Kallas, quien se quedó quieto en el acto.

Sin perder la calma, McBrine recobró el dinero que, con el sobre, fue a parar al interior del portafolios que había traído consigo y en el que también había viajado el arma homicida.

—Lo siento, Peter —dijo—, pero no podía consentir que nos traicionaras algún día. Ya sé que eras un hombre discreto, pero..., ahora lo serás más todavía.

Kallas no contestó. Tranquilamente, con paso sosegado, McBrine se encaminó hacia la puerta. Antes de salir, con la ayuda de un pañuelo, borró cuidadosamente sus huellas dactilares.

El corredor estaba desierto. Sonriendo satisfecho, McBrine se encaminó hacia el ascensor.

* * *

Dos días más tarde, cuando ya oscurecía, McBrine entró en un bar en el que la iluminación era muy discreta. Tomó asiento en un taburete y pidió un *whisky* doble.

Brad Shayton estaba sentado en una mesa cercana, muy inclinado hacia una rubia de ostentosos contornos, cuyos escote resultaba fascinante. Shayton ni siquiera reparó en la llegada de McBrine a quien, por otra parte, no conocía. En aquellos momentos, todo el interés de Shayton estaba centrado en conseguir que la rubia fuese a su apartamento.

—El *whisky* que tengo en casa es mejor que el que sirven aquí, pero también tengo otras bebidas, si te apetece —dijo.

La rubia lanzó una risita.

—No me fío —dijo—. Tú eres capaz de tenderme una encerrona. Yo soy una chica decente.

Shayton suspiró mentalmente.

«¿A qué llamará decencia esta prójima?», pensó.

—Nadie lo duda, cariño —dijo solemnemente—. Mira, vamos a mi casa y, si te parece bien, me atas las manos a la espalda...

Ella volvió a reír.

—Para eso, estamos mejor aquí —dijo.

Shayton empezó a pensar en la conveniencia de dejar plantada a la rubia. Lo único que le contuvo fue que ella era muy hermosa y que, pese a sus intentos de parecer inteligente, era medio tonta. Pero también agradaba de cuando en cuando estar un rato a solas con una mujer de escasa o nula inteligencia.

Un hombre entró de pronto en el local y se sentó junto a McBrine.

—¿Lo has conseguido, Mac? —preguntó a media voz, después de haber encargado una copa.

—Sí —contestó McBrine.

—¿Qué dijo Kallas?

McBrine soltó una risita.

—Nada, ¿qué iba a decir? —contestó.

—Recobraste el dinero, supongo.

—Sí.

—¿La fórmula?

McBrine señaló el taburete contiguo.

—Ahí tienes todo, dinero y fórmula —dijo.

Ellison Park cogió el liviano portafolios, lo abrió y examinó el interior. Un segundo más tarde, emitió una queja entre dientes.

—Sólo hay dos mil —dijo.

—Claro. ¿Quién ha hecho el trabajo más difícil? Kallas era un sujeto peligroso. Lo creas o no, pasé mucho miedo hasta que lo vi en el suelo. Y a ti te darán otro puñado de billetes, ¿no es cierto?

—Está bien —se resignó Park—. ¿Has visto la fórmula?

—Leí un poco los papeles, pero todo eso me parece chino —contestó McBrine. De pronto, todo su cuerpo sufrió una fuerte sacudida—. Diablos, juraría que tengo fiebre...

—Métete en la cama —rió el otro—. Bueno, ahí te dejo. Ya te llamaré mañana.

—De acuerdo.

Park se marchó. McBrine encargó una segunda copa.

En su mesa, Brad Shayton continuaba su persuasiva labor cerca de la rubia.

—Si no quieres beber, tengo un frigorífico repleto...

—¡Comer! —dijo ella ávidamente.

—Todo lo que quieras. Incluso tengo bombones...

—¡Bombones!

Shayton miró críticamente a la rubia. Ahora estaba muy bien, estupendamente bien, se dijo; pero como no moderase sus apetitos, antes de cinco años, se habría convertido en una ballena con faldas.

—Todos los que quieras, preciosa —sonrió—. Y, además, luz indirecta, luz estereofónica...

La rubia lanzó de súbito un agudo chillido.

«¡Cómo se entusiasma!», pensó Shayton ingenuamente.

De pronto, la miró y vio que tenía los ojos fijos en un punto. Separó su mirada del espectacular escote femenino y volvió la cabeza.

A diez pasos de distancia, al pie del mostrador, un hombre estaba caído en el suelo y se agitaba débilmente.

La rubia volvió a chillar. Shayton se espantó al ver que la cara del hombre tenía un horrible color cárdeno.

A pesar de todo, juzgó que era su deber atenderle. Se levantó de un salto, corrió hacia el caído y trató de ayudarlo.

Un par de camareros acudieron también. Segundos más tarde, Shayton, pasmado porque el horrendo color rojo de la cara del hombre viraba a negro, lanzó una rotunda afirmación:

—¡Ha muerto!

CAPÍTULO II

Dos días más tarde, casi por completo olvidado del incidente, Brad Shayton recibió una visita en su oficina.

La secretaria le anunció que había una joven que deseaba verle. A Shayton no le sonaba en absoluto el nombre de Alice Brown.

—Está bien, hágala pasar —dijo.

Momentos después, se abría la puerta del despacho. Una encantadora muchacha de pelo castaño oscuro y ojos ambarinos cruzó el umbral. Shayton apreció su edad en unos veintitrés años y su estatura cercana a los ciento setenta centímetros. El cuerpo era esbelto, netamente femenino, aunque sin las exageraciones curvilíneas de la rubia, en cuya conquista había fracasado Shayton miserablemente. El vestido era sencillo, con la falda a diez centímetros por encima de la rodilla.

—Señor Shayton —dijo la chica.

—Siéntese, señorita Brown —sonrió él—. ¿Un cigarrillo? ¿Quiere algo de beber?

—Un cigarrillo, gracias —aceptó la visitante, mientras cruzaba las piernas—. Mi apellido, sin duda, no le dice nada, señor Shayton.

El hombre emitió una sonrisa de circunstancias.

—No quisiera ofenderla, pero es bastante común —respondió.

—Sí. Soy hija de Latimer Garson Brown —declaró Alice—. Quizá el nombre le suene.

Shayton frunció el ceño.

—Tengo entendido que se trata de un eminente químico...

—Mi padre murió hace tres meses.

—Oh, lo siento, señorita Brown. No estaba enterado de lo ocurrido, créame. Acepte mis sinceras condolencias, se lo ruego.

—Gracias. Mi padre, por si no lo sabía usted, murió en un

accidente de automóvil. Pienso que fue una muerte intencionada, lo que, en términos jurídicos, podría calificarse de asesinato. O de homicidio en primer grado, si lo prefiere.

Shayton puso los codos sobre la mesa y juntó las manos.

—Todo eso es muy lamentable, pero deberá permitirme que le haga una observación, señorita Brown —dijo.

—Sí, claro —accedió ella.

—Ignoro cuáles son sus intenciones al visitarme. Ahora bien, debe saber que soy abogado especializado en asuntos civiles, pero, sobre todo, en patentes industriales. Por tanto...

—Precisamente por eso es por lo que estoy aquí —le interrumpió Alice—. ¿Ha oído hablar del doctor Steimler?

—Confieso mi ignorancia al respecto. ¿Cuál es la especialidad de ese médico? —preguntó Shayton.

—No era médico, sino químico.

—Era, ha dicho.

—Sí.

—Entonces, también ha muerto.

Alice tenía el bolso sobre las rodillas. Dejó el cigarrillo en un cenicero cercano, abrió el bolso y sacó unos recortes de papel, que entregó a Shayton.

—Lea, por favor.

Durante unos momentos reinó el silencio en el despacho. Al fin, Shayton levantó la vista de los papeles y la fijó en el bello rostro de su visitante.

—De modo que el doctor Steimler murió asesinado y su laboratorio se incendió —dijo.

—Sí. Supongo que el asesino pegó fuego al laboratorio, con lo que el incendio se propagó también a la casa contigua, de modo que sólo ha quedado, literalmente, el solar de los dos edificios. Pero no crea que lamento demasiado la muerte del doctor Steimler.

—¿Por qué?

—Sencillamente, sospecho que él fue quien asesinó a mi padre.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señorita Brown?

—Sí, por supuesto —respondió Alice.

—¿Por qué no le cuenta todo esto a la policía?

—Ya lo he hecho, pero es que, además, quiero que se ocupe usted del caso, como investigador privado que, quizá, pueda tener

acceso a lugares que le son vedados a la policía.

Shayton sonrió.

—Temo, señorita Brown, que se ha hecho usted una falsa imagen de mí —dijo—. Mi especialidad, se lo repito...

—Lo sé, son las patentes industriales. Pero usted debe saber que las dos muertes, la de mi padre y la del doctor Steimler, están relacionadas con una patente de grandísima importancia.

—Puesto que ambos eran químicos, he de deducir que no se trata de una máquina, sino de alguna sustancia de ciertas características.

—Sí, un combustible especialmente barato y fácil de elaborar, aparte de su nula producción de gases contaminados. Prácticamente, al quemarse, lo hace en su casi absoluta totalidad, dejando apenas un dos por ciento de residuos gaseosos absolutamente inocuos, inodoros e invisibles.

—Eso es la panacea en estos tiempos que corren —sonrió Shayton.

—Imagínese. La fórmula puede valer millones o quizá cientos de millones. Pero estoy segura de que ha desaparecido.

—¿Qué le hace suponer tal cosa?

—El doctor Steimler fue asesinado. No puedo afirmar rotundamente que él matase a mi padre, al objeto de disfrutar íntegramente de los beneficios económicos de la patente, pero sospecho de él con bastante fundamento. Ahora bien, dado que Steimler fue asesinado y el laboratorio y la casa ardieron hasta los cimientos, parece lógico suponer que el asesino se llevó la fórmula.

—Es una suposición razonable, en efecto —convino Shayton—. Señorita Brown, ¿puede decirme si se había fabricado alguna cantidad de ese combustible poco menos que milagroso?

—Sí, unos treinta o cuarenta litros. Estaban en varios recipientes, pero han desaparecido.

—Lo mismo que la fórmula —dijo Shayton pensativamente—. ¿Puede utilizarse el combustible en los automóviles?

—En cualquier motor de explosión —afirmó Alice.

—Y resulta barato y fácil de obtener.

—Lo costoso, en un principio, sería levantar la planta de elaboración. Luego, con agua filtrada y la fórmula Brown-Steimler, se podría vender el combustible en cantidades prácticamente

ilimitadas. El litro resultaría menos de un centavo.

—Lo que sería la ruina de los países productores de petróleo.

—Eso importaría menos que la contaminación, ¿no le parece?

Shayton hizo una mueca. Por su profesión, acostumbraba a ser escéptico ante los inventos que le presentaban para su registro, muchos de los cuales resultaban estar ya inventados o eran artilugios que acababan sirviendo únicamente para la chatarra. Y no faltaban tampoco los que le llevaban drogas milagrosas que curaban todas las enfermedades. Aquel combustible, quizá, podía ser una de esas drogas, pensó, aunque la muerte violenta de sus dos descubridores daba pie a sospechar que había algo de verdad en las afirmaciones de la muchacha.

—No sé qué hacer —dijo, irresoluto.

—A mi padre le oí hablar en cierta ocasión de un sujeto llamado Clint McBrine. No puedo recordar en absoluto por qué lo mencionó, pero sí recuerdo el nombre. Murió hace dos días. Y usted estaba presente.

—No me lo recuerde —gruñó Shayton—. Fue algo espantoso.

—Según la Prensa, los médicos no se han puesto todavía de acuerdo sobre el veneno que mató a McBrine, ni tampoco la forma en que le fue administrado. He hablado con el camarero del bar que le sirvió de beber la tarde en que murió. Ese hombre me dijo que vio a McBrine hablando con otro, que le parece se llamaba Ellison Park. McBrine y Park conversaron brevemente, y luego, Park se llevó el portafolios de McBrine. El camarero está absolutamente seguro de este detalle.

Shayton se echó hacia atrás en su sillón.

—Cabe suponer, en tal caso, que Park fue el mensajero enviado a recoger la fórmula y que ésta se hallase en la cartera de mano —dijo.

—Sí —contestó Alice—. Yo también lo creo así.

—Bien, pero, en tal caso, ¿cuál es mi papel?

—Evitar que la fórmula se registre a nombre de otra persona o sociedad comercial o industrial. Usted, que es abogado especializado en estos asuntos, debe saber cómo se hacen estas cosas.

—Si tuviéramos una copia de la fórmula...

—He buscado entre los papeles de mi padre, pero no he

encontrado nada al respecto. No obstante, volveré a buscar.

—Es una buena idea. ¿Vivía Steimler en el mismo lugar donde trabajaba?

—Sí. Mi padre acudía también a su laboratorio. En realidad, tanto la casa como el edificio del laboratorio, nos pertenecían. Pero ni a mi padre ni a mí nos gustaba la casa, cuya única ventaja había consistido en tener un anexo, que hace muchos años fue almacén. Vivíamos en otra parte y...

—Usted sospecha de Steimler. ¿Por qué?

—Era un hombre ávido, codicioso, de muy mal genio. El mal genio, claro está, no significa que sea un asesino, pero sí cuando se es codicioso y se quiere ganar dinero a toda costa. Además, aunque Steimler era un excelente químico, tenía muchos gastos.

—¿De qué clase?

Alice enrojeció.

—Mujeres —respondió.

—¿Conoce a alguna?

—Una solamente. La vi hace algunos meses en el laboratorio, cuando fui a llevarle unos apuntes a mi padre. Steimler y esa mujer estaban en una situación...

—No siga —sonrió Shayton—. ¿Sabe su nombre?

—Britt Ponsomby, rubia platino, unos treinta años, de figura espectacular. Iba muy enojada y usaba un coche de los caros.

—Todo lo cual, supongo, debía de estar sufragado por Steimler.

—Eso creo.

Shayton reflexionó irnos momentos.

—Déjeme su dirección y teléfono —pidió al fin—. La tendré al corriente de mis investigaciones.

Alice sacó una tarjeta del bolso. También un cheque, cuya cifra hizo parpadear de asombro al abogado.

—¡Señorita Brown! —exclamó.

—Mi padre había patentado algunas fórmulas químicas, una de las cuales era un ingrediente que alarga la vida de los neumáticos de coche en un veinticinco por ciento como mínimo. Aunque no se me pueda considerar como una mujer rica, tampoco me falta el dinero —explicó Alice.

—Esto es algo que no me imaginaba yo cuando abrí los ojos esta mañana —murmuró Shayton momentos más tarde, cuando su

hermosa y resuelta visitante le hubo dejado solo en el despacho.

Tras unos momentos de reflexión, llamó a la secretaria y le encomendó ingresar el cheque en la cuenta bancaria. Dictó algunas instrucciones para la correspondencia del día, terminó rápidamente el borrador de un informe que debía enviar con cierta urgencia y abandonó el despacho, dispuesto a entregarse en cuerpo y alma a la solución del fascinante caso que le había encomendado Alice Brown.

—La patente Brown-Steimler para combustibles líquidos —murmuró, mientras ponía su coche en marcha—. Unos cuantos litros de agua bien filtrada, algunas gotas de la droga mágica... y los magnates del petróleo de todo el mundo tendrían que ponerse a pedir limosna por las esquinas.

* * *

Recordaba muy bien, demasiado bien, aquella cafetería. No sólo había fracasado en el acoso a la rubia tonta, que parecía serlo menos de lo que se había pensado, sino que había sido testigo de la incomprensible muerte de un hombre con quien, según todos los indicios, el difunto doctor Brown había tenido alguna especie de relación.

Valía la pena investigar la vida de McBrine, se dijo, mientras tomaba asiento en un alto taburete. El barman acudió de inmediato.

—Señor Shayton...

—Hola, Eddie —dijo el abogado—. Tú me conoces, ¿verdad?

—Un poco —sonrió Eddie—. ¿Qué le pongo?

—*Whisky* con algo de hielo.

—Al momento, señor.

Mientras el barman preparaba la bebida, Shayton alistó dos billetes de a diez dólares. Cuando Eddie regresó, le enseñó el dinero.

—Quiero hablar contigo, Eddie —manifestó.

—Sí, señor. ¿Qué es lo que está investigando ahora?

—¿Cómo sabes que estoy investigando algo? —se asombró Eddie.

El barman sonrió socarronamente.

—Se le nota en la cara —dijo—. Es más, apostaré esos dos

billetes contra una copa a que se trata de algo relacionado con el tipo que la «diñó» aquí hace dos días.

Shayton sacó un tercer billete, aunque éste de cinco dólares, y lo empujó hacia adelante con los otros.

—Has ganado —sonrió—. Cuéntame, Eddie, por favor.

—McBrine no venía demasiado por aquí, aunque sé que vivía tres manzanas más abajo, en el ochocientos doce de la misma acera. De cuando en cuando, sin embargo, se encontraba con el tipo que estaba con él momentos antes de su muerte.

—Se llama Ellison Park, creo.

—Sí, pero de ése sí que no le puedo decir dónde vive. Sólo sé el nombre porque se lo escuché a McBrine en un par de ocasiones.

—McBrine vino con un portafolios que se llevó el otro.

—Es verdad. Era una cartera de color rojo oscuro, por eso me fijé un poco. McBrine la había dejado en un taburete y Park se la llevó, después de tomar una copa con él.

—Comprendo. Eddie, ¿crees que Park pudo ponerle algún veneno en la copa de McBrine?

El barman respingó.

—¿Cómo? ¿Piensa que Park puede ser un asesino?

—Es una posibilidad. Pero si se trata de un asesinato, ya se ocupará la policía. A mí lo que me interesa es el portafolios, Eddie.

—La verdad, yo no vi que Park pusiera nada en la copa de su amigo —manifestó el *barman*—. Claro es que no les estuve mirando todo el tiempo; tenía otros clientes..., pero me parece que si Park hubiera querido hacerlo, McBrine lo hubiera visto y habría protestado. Desde luego, sé que se quejó repentinamente de tener fiebre o algo por el estilo, ello delante de Park..., pero no cayó sino hasta un minuto o así después de que el otro se hubo marchado.

Shayton se acarició la mandíbula pensativamente.

—Así que no puedes decirme dónde vive Park —murmuró.

—Lo siento, señor —dijo el *barman*.

—De todos modos, muchas gracias, Eddie. Supongo que la policía te habrá hecho muchas preguntas.

—Sí, y no he callado nada, como puede comprender. Les he dicho muchas cosas... Espere, ahora recuerdo que se me pasó algo por alto.

Shayton miró interesadamente a su interlocutor. Eddie continuó:

—Lo había olvidado, claro, con el jaleo que se armó... Al día siguiente yo tenía todavía la cabeza aturdida, compréndalo. Cerca del mediodía vino una mujer muy guapa a preguntar por McBrine. La había visto un par de veces con él y sé que se llama Britt Ponsomby.

CAPÍTULO III

—El combustible mágico —gruñó Shayton, mientras ponía una ficha en el teléfono situado en un discreto rincón de la cafetería. Ya había consultado el listín y pudo marcar sin dificultad el número deseado.

En un principio, había pensado en hacer la consulta personalmente. Luego se dijo que era mejor utilizar otro procedimiento o, por lo menos, intentarlo. Después de marcar el número, esperó cosa de medio minuto.

Una voz femenina sonó cuando ya iba a colgar el aparato:

—¿Quién es?

—¿Señorita Ponsomby?

—Así me llamo, en efecto. ¿Quién es usted?

—Disculpe que la moleste, señorita. Me llamo Ted Park y acabo de llegar a la ciudad. Sé que usted conoce a mi hermano Ellison y querría que me indicase su domicilio para hablar con él.

—¿Cómo sabe que conozco a Ellison? —preguntó Britt.

Shayton se guardó muy mucho de decir que sabía que ella había conocido también a Steimler. Esto era algo que haría relucir en el momento oportuno.

—Me lo dijo Mac hace algún tiempo. Nos encontramos casualmente en Kansas City y charlamos largo tiempo de las amistades comunes. No sé cómo, salió a relucir su nombre; créame, Mac me hizo grandes elogios de usted y de su belleza y...

Al otro lado de la línea, sonó una risita. Shayton sonrió, satisfecho de su argucia.

—Usted me adula, señor Park...

—Llámeme Ted, por favor.

—Está bien, Ted. Desde luego, es cierto que hace algún tiempo

que no veo a su hermano, pero sé que últimamente vivía en la calle River, quinientos catorce. No sé su número de teléfono y si conozco el domicilio, es porque una vez fui con el pobre Mac a una fiesta que daba su hermano.

—Sí, pobre Mac —suspiró Shayton hipócritamente—. Señorita Ponsomby...

—Llámeme Britt, se lo ruego —dijo ella.

—Gracias, Britt. En cuanto pueda, iré a visitarla personalmente. Es decir, si no tiene inconveniente.

—Ninguno, Ted. Hasta la vista.

—Hasta la vista.

Shayton colgó el teléfono y abandonó la cabina. El módico importe de una llamada había sido suficiente para conocer un dato de notorio interés.

Al salir, agitó una mano en dirección a Eddie. El barman correspondió con un guiño malicioso.

Shayton subió a su automóvil y se encaminó hacia, la calle River, a casi dos kilómetros de distancia, en un barrio de discreta apariencia. Dejó el coche en un lugar no demasiado próximo al objetivo y cubrió el resto a pie.

Minutos después, llamaba ante una puerta. El rótulo le intrigó sobremanera:

E. PARK

SERVICIOS GENERALES

La puerta se abrió a los pocos momentos de haber llamado. Un hombre, de unos cuarenta años, delgado y en mangas de camisa, apareció ante los ojos del abogado.

—¿Qué desea?

—¿Ellison Park?

—Sí...

—Soy Brad Shayton, abogado. Deseo hablar con usted.

Park se echó a un lado. Shayton vio un apartamento bastante limpio, pero no un cuarto de trabajo que pudiera indicarle en qué consistían aquellos «servicios generales» que Park prestaba a sus clientes.

«A menos que los servicios consistan robar documentación de

importancia», pensó.

—Está bien, empiece y dígame lo que desea —habló Park.

Shayton dejó de examinar el interior de la casa y se volvió hacia el individuo.

—¿Era usted muy amigo de McBrine? —preguntó.

Park se atiesó.

—¿Policía?

—Ya le he dicho que soy abogado. Quizá me interesen sus... servicios, señor Park.

—Mi tarifa es muy alta, señor Shayton.

—Sin duda, pero creo que podríamos superar lo que cobró por ciertos documentos que habían pertenecido al doctor Steimler.

—No sé de qué me está hablando, abogado —dijo Park secamente.

—Hace cuarenta y ocho horas, más o menos, usted se reunió en cierta cafetería con Clint McBrine, quien le dejó llevarse su cartera de mano. Al minuto de haberle dejado, McBrine murió y todavía es la hora de que se conozcan las causas de su muerte.

—En todo caso, soy absolutamente inocente de esa muerte. Apreciaba a mi amigo y he sentido muchísimo lo que le ocurrió.

—Pero Mac le dejó llevarse su portafolios.

—No tengo por qué negarlo. Hicimos un negocio juntos.

—El negocio de la patente Brown-Steimler.

La cara de Park se puso gris.

—No sé de qué me habla —contestó.

Era evidente que mentía.

—Ellison, me disgustaría recurrir a métodos expeditivos —amenazó el visitante—. Por su propio bien, le conmino a que me entregue ciertos documentos que alguien robó del laboratorio de Steimler, después de asesinarle.

Sobrevino un instante de silencio. De pronto, Park se estremeció con violencia.

—No me encuentro bien —gruñó—. Dispénsame, pero voy a tomarme una copa.

Caminó hacia un aparador cercano y destapó una botella.

—¿Cuánto le pagaron por esos documentos? —preguntó Shayton.

De súbito, la copa que Park tenía en la mano cayó al suelo y se

rompió con cristalino sonido. Park vaciló.

—Me mareo...: —gimió.

Shayton saltó hacia él y, agarrándole en brazos, le ayudó a sentarse en un diván cercano. Park no lo estaba pasando muy bien, apreció por la expresión de su cara, que tenía un tono colorado bastante acentuado.

—Llamaré a un médico...

De pronto, Park lanzó un grito:

—¡Me muero! ¡Me han envenenado... lo mismo que a Mac!

Casi en el acto, rodó al suelo desde el diván. Su cuerpo se arqueó en una titánica convulsión, mientras se acentuaba el tono escarlata de su cara, que ya era cárdeno en algunos puntos. Sus dientes crujieron horriblemente cuando las mandíbulas se cerraron con fuerza.

Luego, de un modo brusco, en muy pocos segundos, el cuerpo de Park se relajó hasta quedarse completamente quieto.

* * *

—La frase «servicios generales» encubría muchas cosas, casi ninguna de las cuales era honrada —dijo el teniente Nevine—. De modo que usted cree que Park tuvo algo que ver con el robo de ciertos documentos pertenecientes a los difuntos doctores Brown y Steimler.

—Estoy seguro de ello, teniente —contestó Shayton, mientras los agentes de uniforme se movían a su alrededor—. Prácticamente, Park llegó a confesarlo, aunque no lo admitiera de una manera velada.

—¿Eran muy importantes esos documentos?

—Lo suficiente para justificar, por lo menos, la muerte de Steimler.

—Bien, pero ¿de qué trataban?

—Lo siento, teniente. Soy abogado especializado en patentes. La hija del doctor Brown vino a visitarme. Ella sostiene que Steimler hizo matar a su padre para quedarse con la fórmula descubierta entre ambos y que tiene un valor inmenso.

—¿Alguna nueva droga milagrosa que lo cura todo?

Shayton sonrió.

—Puede, pero, como comprenderá, el secreto profesional me impide revelar el contenido de esos documentos que, por otra parte, sólo conozco de una forma global.

—No entiendo...

—Bien, yo no los he visto ni sé dónde pueden estar, pero la señorita Brown me dijo: «Son la descripción de la fórmula de...». Eso es todo lo que sé.

—Y la fórmula vale millones.

—Según la hija de Brown, cientos de millones.

Nevine se echó hacia atrás su sombrero y silbó.

—Entonces, es un asunto gordo —dijo.

—Eso parece. De momento, ya ha costado tres muertes: Steimler, McBrine y Park...

—Se equivoca, abogado; puede que sean cuatro.

Shayton miró fijamente a su interlocutor.

—Ayer encontramos el cadáver de un tal Peter Kallas, de quien se sospechaba era asesino profesional. Le habían metido cuatro balas en el cuerpo. Sospechamos que pudo hacerlo McBrine —añadió el policía—. Por si no lo sabía, le diré que, aunque no figuraba públicamente, McBrine era socio de Park en esta agencia de «servicios generales».

—¿Qué tiene que ver Kallas con estos dos muertos?

—Probablemente, Kallas fue el encargado de matar a Steimler y de pegar fuego al laboratorio. Si se llevó algún documento de allí, lo entregó, sospecho, a McBrine, y éste se lo pasó a Park. Ahora, los tres están muertos y no pueden hablar —contestó Nevine.

—Lo cual hace más difícil la investigación del caso —dijo Shayton desatentadamente.

—Imagínese, abogado.

—Pero, no entiendo..., ¿por qué tuvo que ser Kallas el que mató a Steimler? Es decir, si lo hizo él.

—En primer lugar, era asesino profesional, lo que indica era hombre hábil para ejecutar sus «contratos» y borrar después sus huellas. Si nosotros sospechamos que lo hizo él, fue porque hemos averiguado que se entrevistó con McBrine en un par de ocasiones. Ahora, figúrese el resto.

—Sí, ya comprendo. De todos modos, no creo que los autores del hecho, sean quienes sean, ganen el pleito.

—Ah, pero ¿hay pleito?

—Bueno, lo dije en sentido figurado. Alguien quiere apoderarse de esa fórmula y registrarla a su nombre en la Oficina Federal de Patentes. Yo ya me he puesto en contacto con un abogado amigo, especializado también en esta clase de asuntos, quien presentará un interdicto ante la oficina, para que no admitan la patente de los doctores Brown-Steimler, a menos que sea presentada j por algún heredero directo o que figure en un posible testamento, y siempre ese presunto heredero, o en plural, si son más de uno, no tengan nada que ver con las muertes de los autores de la fórmula.

—Pueden disfrazarla bajo otro nombre, con una composición ligeramente distinta, pero que no altere sus propiedades sustanciales...

—Quizá, pero antes de que la oficina de patentes les conceda el derecho de explotación, sabiendo que alguien pleitea por esa patente, pasará mucho tiempo.

—Pero al fin conseguirán salirse con la suya.

Shayton emitió una ladina sonrisa.

—Teniente, antes habrán descubierto ustedes al o a los criminales —dijo—. En tal caso, ¿de qué les servirá una patente que, además, se demostrará han adquirido de forma ilegal?

Nevine asintió.

—A veces, admiro a los abogados —contestó.

—Estudiamos leyes, teniente —sonrió Shayton de nuevo, mientras se dirigía hacia la puerta.

—Algunos las estudian para librar de la cárcel a auténticos criminales —gruñó Nevine disgustadamente.

—Eso sucede cuando el fiscal es un zote. A propósito, voy a pedirle un favor.

—Sí, abogado.

—Haga el favor de llamarme cuando se conozca el resultado de las autopsias. Tengo un verdadero interés en conocer la clase de veneno que ha fulminado a los socios de la agencia de «servicios generales».

CAPÍTULO IV

Por la mañana, Shayton llamó telefónicamente a Alice Brown.

—Necesito que viajo a Washington —dijo, después de saludarla. La chica se quedó estupefacta.

—¿A Washington? ¿Qué pinto yo allí? —preguntó.

—Tiene que entrevistarse con Henry Warburton. Ya le daré más detalles: de momento, le diré que es un abogado especializado, lo mismo que yo, en patentes. Es preciso que presenten una demanda de no aceptación de la patente Brown-Steimler, por parte de otras personas.

—Ah, me parece que le comprendo...

—Usted irá a Washington y como heredera de su padre y, por tanto, propietaria de la fórmula, a menos que no aparezcan herederos de Steimler, otorgará plenos poderes a Warburton. Mi amigo se encargará del resto.

—Sí, desde luego. Oiga, Steimler no tenía familia...

—Era emigrado, me parece —dijo Shayton.

—Llegó hace unos quince años, huido de la Alemania Oriental.

—Con tal de que allí no le salgan parientes —rezongó el abogado—. Pero cuando uno huye en esas condiciones, no suele dejar familia. Y, en todo caso, no podrían objetar nada a nuestras actuaciones, aunque sí quizá habría de compartir usted con ellos los beneficios de la patente.

—Eso es lo de menos. El dinero me interesa, pero no me ciega, abogado.

—Un punto de vista realmente admirable —sonrió Shayton—. Señorita Brown, ¿sabe si hay algún ingrediente tóxico en la fórmula?

—Lo desconozco por completo. De química sólo sé que el

alcohol y la gasolina arden si se les acerca una cerilla encendida y que el oxígeno es vital para la respiración.

Shayton se echó a reír al escuchar aquella pintoresca confesión.

—Me gusta la sinceridad —dijo—. Está bien...

—Abogado, ¿por qué me ha preguntado usted eso?

—Recuerde, han muerto dos personas envenenadas. Y todavía no se conoce la clase de veneno empleado. Sólo se sabe que es fulminante y que vuelve negra la piel de la víctima.

—Horrible —musitó Alice—. Abogado, ¿me costará mucho tiempo la gestión que usted me aconseja?

—El tiempo del viaje, más el que pase en el despacho de mi colega —respondió él.

—Me alegro. No me gustaría estar mucho tiempo fuera de la ciudad.

—Estará de vuelta en cuarenta y ocho horas, señorita.

—Deme noticias cuando vuelva, señor Shayton.

—Haré lo que pueda.

Shayton volvió el teléfono a la horquilla y reflexionó unos momentos. Luego se dedicó a resolver los asuntos más urgentes y, al final, tras anunciar a su secretaria que no volvería hasta el día siguiente, salió de la oficina y descendió al sótano donde tenía estacionado su automóvil.

Era cerca de mediodía cuando se detenía ante la puerta de un departamento, situado en un edificio de gran lujo.

A los pocos momentos, notó que alguien le observaba a través de una mirilla. La puerta se abrió segundos después.

Shayton se quedó casi sin aliento al contemplar la espectacular rubia platino que tenía ante sus ojos. Era tan alta como él, de formas exuberantes y se cubría con una bata negra, en la que había más agujeros en los encajes que tela. El pelo, que parecía de hilos metálicos, era largo y quedaba suelto sobre la espalda.

—Pase, señor Park —invitó la rubia.

—Lo siento. No conozco a ese Park. Soy Brad Shayton, abogado. Britt Ponsomby respingó.

—Creí que... Ayer me llamó un tal Ted Park...

—No fui yo, señorita, aunque me gustaría llamarla muy a menudo —sonrió Shayton—. ¿Puedo pasar? Le aseguro que, a pesar de que soy abogado, traigo intenciones pacíficas.

Britt sonrió de un modo singular.

—No he robado ni matado a nadie, ni he dado escándalos que originen pleitos —contestó, a la vez que se apartaba ondulantemente a un lado.

Shayton se descubrió. Con ojos perspicaces escudriñó la decoración de la vivienda. El gusto, quizá, no era demasiado refinado, pero el lujo se respiraba por todas partes. Era un departamento de alquiler muy elevado. Alguien lo pagaba, no cabía duda.

—Usted dirá, abogado —habló Britt, sentada lánguidamente en un enorme diván de estridente color rojo vino.

—Señorita Ponsomby...

—Por favor, mi nombre es Britt —indicó ella dulcemente.

—Un nombre nórdico.

—Lo eran mis padres.

—Pero el apellido...

—Enviudé hace cuatro años.

«Miente. Soltera o divorciada», pensó Shayton. Pero simular viudez, siempre daba resultado. Una viuda joven y bella atraía como moscas a los hombres ansiosos de proporcionarle consuelo... amoroso y económico.

—Lo siento infinito, Britt.

Ella agitó una mano en la que había un par de sortijas con piedras de notable valor.

—El pasado queda muy lejos ya —murmuró un tanto filosóficamente—. Aténgamonos al presente, abogado.

—Recuerde, me llamo Brad —sonrió él.

—Brad, Britt... los nombres se parecen un tanto, ¿no cree?

—Pero usted y yo somos muy distintos.

—Afortunadamente, Brad.

Shayton se turbó un tanto. Britt era una mujer muy experta, una lagarta en todos los sentidos. Si se negaba a colaborar con él, le costaría mucho traerla a buen puerto.

—Pienso lo mismo. Britt, me disgusta lo que voy a decirle, porque voy a mencionar el nombre de una persona que quizá significó algo para usted. Se llamaba Hans Steimler.

—Oh, el pobre Hans... ¡Cómo he sentido su muerte! Un hombre tan agradable, tan simpático... y apasionado... Pero hacía ya

tiempo que no le veía, créame.

—¿Cuánto, Britt?

—Oh, un par de meses... El pobre Hans era un tipo simpatiquísimo y de una conversación chispeante, pero tenía una gravísimo defecto.

—¿Puedo conocer ese defecto?

Ella suspiró hondamente.

—Tenía cincuenta y cinco años, Brad —contestó.

«Y cuando le dejaste exprimido y sin dinero, te paredón aún más viejo», pensó el visitante.

—Sí, es comprensible —dijo—. Britt, usted ya sabe que Hans murió asesinado.

—¡Horrible! Deseo que encuentren al asesino y... Aunque rompiera con el pobre Hans, le guardaba mucho afecto —dijo la rubia.

—Encontrarán al asesino, se lo aseguro. Pero precisamente por eso mismo he venido yo a verla a usted.

—Bien, si puedo ayudar a la justicia...

—A Hans le asesinaron para robarle unos documentos de muchísimo valor. Forzosamente tuvo que hacerlo alguien por encargo de una persona a quien usted conocía. Lo que sí es absolutamente seguro es que esos documentos han desaparecido y que interesa muchísimo encontrarlos.

—Pero yo no sé nada de documentos, Brad. Hans y yo jamás hablábamos de su trabajo —alegó Britt.

—Si yo pudiera, tampoco hablaría con usted de este terna —sonrió el visitante.

—¿De qué hablaría, Brad?

Súbitamente, Shayton abandonó su asiento para situarse junto a la rubia.

—Haría de usted y de su hermosura —dijo, mirándola a menos de un palmo de distancia.

—¿Nada más?

—Nada más, Britt, porque hay cosas que no se describen con palabras.

—¿Por ejemplo?

Shayton pasó el brazo derecho en torno al escasamente cubierto talle de la rubia. Luego buscó sus labios. No le fue difícil

encontrarlos.

* * *

Britt se levantó de pronto, arreglándose maquinalmente la bata. Luego se atusó el cabello y miró sonriente al abogado.

—Eres un volcán —dijo.

—No, el volcán eres tú. Yo sólo soy el leño que ha ardido en ese fuego —contestó él.

Britt lanzó una risita.

—Estoy sola —dijo—. Pero la doncella me ha dejado una cafetera. Volveré enseguida, Brad.

Shayton se quedó solo. Tras ajustarse el nudo de la corbata, se acercó a un pequeño bar situado en un rincón y se sirvió dos dedos de escocés.

No se hacía demasiadas ilusiones acerca de Britt, aunque pensaba que lo ocurrido momentos antes podía ayudarle. Tal vez la misma Britt estaba complicada en aquel sangriento asunto, aunque, por otra parte, creía que sus protagonistas la habrían dejado fuera del mismo. Una mujer de la clase de Britt podía echar a perder, por locuacidad, un negocio de cientos de millones.

Britt volvió minutos más tarde, con una bandeja en las manos, que dejó sobre la barra.

—¿Y bien, qué más tienes que preguntarme? —dijo, tras llenar las tazas.

—Tuviste cierta confianza con Steimler. Quizá él mencionó algunos nombres de personas interesadas en sus trabajos.

Britt entornó los ojos.

—Una vez citó a un tal Rick Jessup y, con franqueza, le puso verde. Parece que Jessup tenía que darle algo de dinero y no había cumplido su palabra. Por eso no había podido comprarme a mí la pulsera que me había prometido.

De pronto, la rubia se puso seria.

—Lo siento —añadió—. Soy un objeto de lujo. Shayton tomó una de las manos de Britt y la palmeó suavemente.

—Yo no soy quien te arrojará la primera piedra... —contestó.

—Eres un hombre bueno —sonrió Britt. Se encogió de hombros con cierta resignación.

—Soy comprensivo. Nadie somos perfectos en este mundo; todo lo contrario, estamos llenos de flaquezas. —Da gusto oír hablar así. Será porque eres abogado—. Antes que abogado, soy hombre.

Britt le miró maliciosamente.

—En todos los sentidos —dijo.

Ella soltó una suave risita y se acercó de nuevo a la barra.

—¿Quieres una copa?

—La última, tengo que marcharme —dijo él.

—Vas a buscar a Jessup.

—Sí. ¿Lo has visto personalmente alguna vez? —preguntó Shayton, mientras aceptaba la copa que ella le tendía.

—No, nunca, sólo sé de él lo que te he dicho. Steimler ni siquiera mencionó su domicilio. Estábamos juntos cuando recibió una llamada de Jessup...

—Ah, estabais juntos. ¿Aquí?

—No, yo había ido a su casa. Después de hablar con él, dijo algo así como: «Ese condenado Rick Jessup no ha cumplido su palabra. Es un tal y un hijo de cual, y si no me paga el dinero que me debe, no podré comprarte lo que te había prometido...». Era una sortija que me gustaba muchísimo, Brad —aclaró la rubia platinada.

Shayton tomó la mano de la mujer y la acarició suavemente.

—No te preocupes —sonrió.

La besó suavemente en una mejilla y se encaminó hacia la puerta. Britt le siguió.

—Vuelve pronto —pidió—. Siempre que quieras...

—No me gustaría llegar de improviso y estropearle algún compromiso.

—Si me llamas, dejaré todos los compromisos —aseguró ella con ojos muy brillantes.

Shayton volvió a besarla y salió.

Las ardientes palabras de Britt no eran sino fruto de la pasión momentánea surgida entre ambos. Era una mujer realmente encantadora..., pero cuanto más lejos estuviera de ella, mejor, se dijo.

* * *

—No, no conozco a ningún tipo llamado Rick Jessup —dijo más

tarde el teniente Nevine—. ¿Por qué me lo pregunta, abogado?

—Sé que tuvo relación con Steimler. Es más, le debía dinero, por lo que Steimler, en cierta ocasión, se puso furioso al no cobrar esa deuda, lo que no significa que no fuese cancelada más adelante. Pero estimo que resultaría interesante hablar con ese individuo.

—Espere un momento, por favor.

Nevine se inclinó sobre un interfono y dio una orden. Luego se encaró de nuevo con su visitante.

—Los forenses siguen trabajando —dijo.

Shayton arqueó las cejas.

—¡Cómo! ¿Aún no saben nada?

—Han encontrado una sustancia tóxica, mortal, pero eso es todo lo que saben. Se cree que las víctimas ingirieron el veneno en la comida o en la bebida, ya que no han hallado en los cuerpos la menor señal de una herida, por minúscula que sea capaz de servir de vía de acceso a esa enigmática sustancia venenosa; pero eso es todo lo averiguado hasta ahora, salvo que las actividades de Park y McBrine en su agencia de servicios generales eran todo menos recomendables.

Shayton hizo un gesto de asentimiento.

—Diríase que alguien quiere cerrarles la boca —comentó.

—Yo también pienso así —dijo el policía. De pronto, sonó el interfolio y lo atendió.

Alguien dijo:

—Teniente, lo siento, no tenemos el menor dato sobre el individuo señalado.

—Gracias, Jameson.

Nevine se encaró de nuevo con su visitante.

—Jessup es desconocido —dijo.

Shayton se puso en pie.

—Será cosa de empezar a buscarle —suspiró resignadamente.

—¿Cree que puede resultar interesante hablar con él?

—Conocía a Steimler. La hija de Brown está en Washington. Cuando vuelva, le preguntaré por las amistades más íntimas de su padre. No hay más remedio que preguntar y preguntar hasta encontrar el hilo que nos conduzca a la salida de este túnel sin luz.

—Una metáfora enteramente acertada —calificó el teniente Nevine.

Shayton regresó a su casa, dispuesto a descansar y a relajarse con un buen baño, después de lo cual cenaría a base de cerveza y un par de bocadillos. Tenía un libro para leer, lo que, esperaba, alejaría de su mente toda clase de preocupaciones, al menos por aquella noche.

Al abrir la puerta vio en el suelo un sobre blanco, que alguien había arrojado por debajo. Intrigado, se agachó para recogerlo y lo abrió.

Dentro del sobre había una cuartilla, con un mensaje poco amistoso:

DEJE DE OCUPARSE DE LA FORMULA BROWN-STEIMLER O
LE PESARA

La nota estaba redactada con mayúsculas recortadas de periódicos y revistas y pegada en un trozo de papel barato. Era claramente intimidatoria, aunque para Shayton resultaba enigmático el modo con que el misterioso comunicante había llegado a enterarse de que estaba defendiendo los intereses de Alice Brown.

* * *

Por la mañana, habló largamente con Britt Ponsomby. La rubia le indicó algunos sitios que había frecuentado con Steimler e incluso citó nombres de algunas personas que les conocían, pero le advirtió que tales conocimientos eran muy superficiales. En general, añadió, los encuentros entre ella y el químico solían tener lugar en casa de Steimler, si bien alguna vez habían salido para distraerse. A Steimler, añadió, le gustaba más la intimidad de su propia casa.

No era demasiado, se dijo Shayton melancólicamente, resignándose a patear aquellos lugares en busca de las personas nombradas. Pero al concluir el día, lo único que había conseguido era cansarse enormemente, sin haber obtenido la menor noticia de Rick Jessup.

Era ya de noche cuando entró en la cafetería donde había muerto McBrine. Eddie, el barman, le dirigió una sonrisa amable.

—Tiene mala cara, señor Shayton —dijo.

—Estoy muy cansado —reconoció el abogado.

—Ha pateado la ciudad, ¿eh?

Shayton asintió:

—Ando buscando a un tal Jessup, pero parece ser el hombre invisible. A todos quienes he preguntado les resulta completamente desconocido.

Eddie se mordió los labios.

—Jessup —repitió—. El nombre me suena.

Shayton se animó al oír aquellas palabras.

—Vamos, Eddie, haz un esfuerzo y refresca tu memoria.

El barman se concentró durante unos momentos. Luego pareció recordar.

—Hace algún tiempo, entraron aquí dos personas, hombre y mujer. Ella era muy guapa, morena, esbelta, de unos treinta y cinco años. El tenía algunos más, pero resultaba también bastante atractivo. A ella la conozco, porque hace algunos años trabajó en una sala de fiestas, donde las mujeres aseguran que hay que destruir a todos los fabricantes de ropa...

Shayton se echó a reír al oír aquella pintoresca descripción de un lugar donde las artistas practicaban el desnudismo.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—May Garden —dijo Eddie—. Al menos, es su nombre artístico. El lugar donde trabaja es el Kat's.

—Conozco el local, he estado allí un par de veces. Pero, dime, ¿cómo sabes que May tiene algo que ver con Jessup?

—Me llamó la atención verla aquí. Tal vez si se tratase de otra mujer, no lo recordaría, ya que veo constantemente mujeres muy guapas, incluso más que May Garden. Pero ésta me llamó la atención por... bueno, la veía vestida, ¿comprende?

Shayton volvió a reír.

—Sigue, Eddie —invitó.

—Se sentaron a una mesa y estuvieron un rato. Luego, alguien llamó por teléfono a Jessup. Recuerdo haber oído el nombre claramente al camarero que tomó el recado.

—¿Está aquí ahora, Eddie?

—No, entrará en el turno de mañana. Pero no le diré más de lo

que yo le estoy diciendo: alguien llamó a Jessup y éste atendió la llamada. Es todo lo que sé, señor Shayton.

—Lo cual significa que, si quiero encontrar a Jessup, debo empezar por buscar a May Garden.

—Exactamente.

CAPÍTULO V

Olvidando su cansancio, Shayton fue al
Kat's

aquella misma noche. May ya no trabajaba en el local, aunque el gerente fue lo suficientemente amable para indicarle su domicilio, Shayton decidió no perder más tiempo.

Acaso lo perdería del todo cuando encontrase a Jessup y se enterase de que no tenía nada que ver con la muerte de Steimler. Pero, por el momento, era la única pista de que disponía.

May Garden resultó ser menos guapa de lo que había asegurado Eddie, aunque, de todos modos, conservaba gran parte de su atractivo. Shayton pensó que Eddie se había enamorado un tanto platónicamente de May, lo cual hacía sobrevalorar sus cualidades físicas.

—¿Por qué busca a Jessup? —preguntó May, una vez enterada de los propósitos de su visitante.

—Necesito hablar con él. Era amigo de un tal Hans Steimler.

—Ah, Steimler —murmuró ella.

—¿Le conocía usted?

—Hablé con él una o dos veces. Rick me lo presentó como socio en no sé qué asunto comercial.

—¿Sabe usted de qué clase de negocio se trataba?

May hizo una mueca.

—No suelo ocuparme de esas cuestiones. Era algo sobre una fórmula química, es todo lo que sé —respondió.

Parecía probable que la antigua bailarina desnudista dijera la verdad. Aún era una mujer muy guapa y, contemplándola, podía adivinarse sin dificultad que lo que más le interesaba era la conservación de su físico. Pero era más dura y egoísta que Britt

Ponsomby, saltaba a la vista.

—Tengo que hablar con Jessup imprescindiblemente —dijo.

—Quizá él no quiera hablar con usted, abogado —opinó May.

—Dejemos que sea el propio Jessup quien lo decida —sonrió Shayton—. ¿Dónde vive?

May vaciló.

—Déjeme hablar primero con él —dijo al fin—. Le contaré lo que pasa...

—Conforme, pero yo quiero oír su respuesta, caso de que sea negativa.

—¿No se fía de mí?

—Señora, éste es un asunto muy grave. Es usted la que no se fía de mí, al no querer indicarme el lugar de la residencia de Jessup. Por tanto, es lógico que le corresponda con análoga desconfianza.

May se mordió los labios.

—Está bien, le diré dónde vive Jessup, con la condición de hablar con él primeramente y anunciarle su visita —dijo.

—De acuerdo —accedió Shayton, a la vez que señalaba el teléfono con un ademán.

May levantó el aparato y marcó un número. Esperó unos instantes, habló brevemente y luego se volvió hacia el abogado.

—Rick le recibirá esta noche, si va pronto —informó—. Dice que tiene algo de fiebre y escalofríos y que quiere meterse pronto en la cama.

La mujer tenía aún el teléfono en la mano. De repente, al oír aquellas palabras, Shayton se sintió acometido por un horrible presentimiento.

—Déjeme —pidió, muy excitado. Y cuando tuvo el teléfono en la mano gritó—: ¡Jessup!

—¿Es usted Shayton? —preguntó el aludido.

—Sí. Oiga, ¿ha dicho que tiene fiebre...?

—Sí, me encuentro muy mal...

La voz de Jessup se quebró bruscamente en un gruñido ininteligible. Shayton percibió claramente dos ruidos bien definidos: el del teléfono al caer sobre una mesa y el de un cuerpo humano que se estrellaba contra el suelo.

—¡Jessup! ¡Jessup! —llamó.

Pero nadie contestó a sus llamadas. Shayton empezó a temer por

la suerte de Jessup.

May le miró intensamente. Su rostro estaba blanco.

—¿Qué pasa? —exclamó.

—Señora, temo que haya sucedido lo peor —contestó el joven sombríamente.

* * *

Los camilleros se habían llevado ya el ennegrecido cadáver de Jessup. Nevine sacó cigarrillos y ofreció uno al abogado.

—Acertó, Shayton. Jessup había muerto cuando llegaron los patrulleros más cercanos a su casa —dijo.

Shayton inhaló profundamente la primera bocanada de humo. Tenía los nervios a punto de estallar.

—¿Se da cuenta, teniente? —exclamó—. Tres muertes misteriosas, sin contar las de Brown y Steimler y hasta dejando a Kallas de lado. Pero tres personas han muerto horriblemente envenenadas y...

—Lo sé —gruñó el policía—, y todo esto resulta cada vez más endemoniadamente complicado. Pero ¿por qué, por qué, Shayton?

—La respuesta es bien sencilla: por cientos de millones de dólares.

Nevine le miró de hito en hito.

—¿De veras cree usted que se trata de un asunto en el que está en juego esa fabulosa cantidad de dinero?

—Si lo que me dijo mi cliente es cierto, sí. Y, hasta ahora, todo parece indicar que la señorita Brown no me ha mentido.

—Oiga, esa fórmula debe de ser algo que puede revolucionar el mundo, ¿no le parece?

—Indudablemente, Nevine.

—¿Qué es? ¿Alguna droga milagrosa curalotodo?

—No, no se trata de una medicina..., pero disculpe que no sea más explícito. Confío en que Alice Brown llegue mañana de Washington. Interróguela, tal vez ella quiera decirle en qué consiste esa fórmula. Por supuesto, se lo dirá en líneas generales, puesto que no entiende de química.

—Sí, comprendo. Me dirá: «Sirve para esto...», pero sin detallar su contenido ni el proceso de fabricación.

—Exactamente. Y ahora, Nevine, si me permite un consejo.

—Adelante, Shayton —sonrió el policía.

—Dada la importancia de la fórmula, por cuya posesión se han producido ya seis muertes, es muy posible que haya involucradas personas de gran relieve, al menos en lo económico...

—Gente de dinero, vamos.

—Justamente. El consejo es que registre a fondo la casa de Jessup, pero, sobre todo, los papeles que pueda encontrar. En este asunto, alguien ha tenido que dejar notas escritas por alguna parte, aunque sea en clave.

—Comprendo —dijo Nevine—. Le aseguro que no vamos a dejar un solo palmo sin revisarlo todo minuciosamente.

Shayton se acercó al teléfono.

—Con su permiso... Me siento muy cansado...

Instantes después, Nevine le miraba socarronamente.

—¿Cree que descansará por ese procedimiento? —preguntó.

—Mi cansancio es más mental que físico. Necesito olvidar, siquiera sea por esta noche.

Shayton se encaminó hacia la puerta. Por encima del hombro añadió:

—No se olvide de interrogar a fondo a la señora Garden.

—Así lo haré —prometió el policía.

* * *

Shayton estaba sentado en un diván, descalzo, con los pies encima de un taburete. Britt vino con una bandeja en la que había unos bocadillos y un gran vaso de cerveza y se la puso en las manos.

—Tienes muy mala cara —sonrió.

—El día ha sido muy movido y, para remate, ha muerto Jessup —contestó Shayton, a la vez que se apoderaba del primer bocadillo.

Britt se sentó en la alfombra, con las piernas escondidas bajo el cuerpo.

—Si todos esos hombres tuvieron relación con Hans, diríase que éste se venga desde la sepultura —murmuró.

Shayton miró sorprendido a la joven.

—¿Crees en esas historias de ultratumba? —preguntó.

—Oh, no, simplemente se trataba de una metáfora. Pero la fórmula desapareció, ¿no es cierto?

—Sí, Britt.

—Kallas mató a Hans, pegó fuego al laboratorio y se llevó la fórmula. Luego la entregó a McBrine, pero éste le mató a balazos. McBrine murió después, envenenado, pero no antes de haber pasado la fórmula a su consocio. Park ha muerto también y... ¿entregó la fórmula a Jessup?

Shayton frunció el ceño.

—Es una cadena de muertes que se suceden casi ininterrumpidamente —dijo.

—Cada cuarenta y ocho horas —puntualizó Britt.

Shayton detuvo el viaje de su mano con medio bocado.

—Cuarenta y ocho horas —repitió.

—Sí, cuenta el tiempo —insistió ella.

—Es verdad —murmuró el abogado—. Pero ¿por qué ese intervalo de tiempo?

—Casi exacto. McBrine murió al atardecer y Park falleció cuando apenas se había hecho de noche. ¿A qué hora hablaste con Jessup?

—Serían las ocho y media...

—Si es un veneno que actúa a las cuarenta y ocho horas, resulta lógico pensar que sus efectos sean ligeramente diferentes, debido a la complexión particular de las víctimas, ¿no crees?

Shayton hizo un vigoroso gesto de asentimiento.

—Tienes toda la razón —convino—. Mira, ése es un detalle en el que no había reparado hasta ahora. —Entornó los ojos—. Estamos en el principio del verano, lo que significa que el día es muy largo. McBrine murió sobre las siete, y Park le siguió cuarenta y ocho horas más tarde, con diferencia de treinta o cuarenta minutos, como máximo.

—Es decir, entre siete y treinta y las siete y cuarenta.

—Sí.

—Jessup murió a las ocho y media, dos días después, y treinta o cuarenta minutos más —dijo Britt—. ¿Por qué?

Shayton bebió un largo trago de cerveza y dejó la bandeja a un lado.

—Tendré que hacerle notar este detalle al teniente Nevine —

dijo.

Britt se levantó vivamente.

—No te muevas, yo traeré el teléfono —se ofreció.

Shayton sonrió. Realmente, Britt estaba muy atractiva, con una especie de camisón cortísimo, debajo del cual llevaba un mínimo de ropa, entrevista por la casi total transparencia de la primera prenda. Era muy alta y, dado que se hallaba en casa, iba descalza.

Shayton habló con Nevine, quien se mostró muy interesado al conocer el detalle del tiempo transcurrido entre cada una de las muertes. Al terminar, dijo:

—Tenía entendido que se había retirado a descansar la mente.

Shayton atrajo hacia sí a Britt, sentada a su lado.

—El descanso comienza ahora mismo —sonrió.

Dejó el teléfono a un lado. Britt apoyó la cabeza en su hombro.

—Me siento así muy bien, como nunca —musitó.

—Sólo se trata de un hombre vulgar, de un hombre no menos vulgar...

—Tú no lo eres en ningún sentido, Brad.

—Me miras con buenos ojos —rió él.

—Tú me has mirado desde el primer momento como una mujer y no como algo de lujo que se puede comprar con dinero o joyas.

—Pero Steimler...

—Me gustan las joyas, no lo niego —admitió ella—. Ahora bien, yo nunca le pedí nada, aunque no me creas.

—Te creo, Britt.

—Todo me lo regaló él. Y era un hombre muy simpático, por eso me agradaba tanto. Pero nuestra relación no podía durar demasiado.

—¿Qué pasó después?

—Se lo dije con toda sinceridad. Incluso estaba dispuesta a devolverle sus regalos, pero él no los admitió. Dijo que yo le había dado cariño y que comprendía perfectamente los motivos de mi alejamiento. No se hacía la ilusión de ser un joven: se daba cuenta con toda claridad de que la diferencia de edad nos hacía incompatibles, al menos, a la larga.

—¿Qué pasó después, Britt?

—Nada, Brad.

—¿Cómo?

—Después, no ha habido ningún hombre. Hasta que llegaste tú.

—Oh —murmuró Shayton.

Britt se apretó todavía más contra él.

—Estoy pensando en reanudar de nuevo mis estudios —dijo.

Shayton respingó.

—¡Cómo! ¿Pero, tú...?

Ella alzó la cabeza para mirarle, con la sonrisa en los labios.

—Antes de convertirme en un objeto de lujo, estuve a punto de concluir mi carrera de ciencias químicas —explicó.

—Increíble —dijo Shayton.

—Pero, a veces, se tropieza con una piedra y la caída es monumental. Luego, aunque una camine, resulta que no se ha levantado. ¿Me comprendes, Brad?

—Perfectamente, Britt.

—Cuando... me caí, ya tenía una buena oferta para ingresar en unos importantes laboratorios de cosmética, no te vayas a creer que estaba dispuesta a trabajar para descubrir alguna droga milagrosa. Te mentí en casi todo el día que nos conocimos. Ahora no puedo seguir fingiendo, al menos contigo.

—Gracias, Britt.

—Soy sincera, te lo aseguro.

—Creo en lo que me has dicho, preciosa. Por cierto, tengo entendido que la hija de Brown os sorprendió a ti y a Steimler en el laboratorio en una postura...

—Es una chica un tanto orgullosa. La verdad era que Steimler me enseñaba unas pruebas de investigación en el microscopio. Estábamos muy juntos y ella pudo creer así lo que no era cierto. Por lo menos, en aquellos momentos.

—¿Dijo algo?

—No, a mí, no. En todo caso, a Steimler. Pero Hans no me explicó si ella se había mostrado furiosa por mi presencia en el laboratorio.

—¿Te explicó Hans en qué consistían sus investigaciones?

—En parte. No obstante, pude darme cuenta de que no decía la verdad por completo.

—¿Qué sabes de la fórmula Brown-Steimler?

—Lo mismo que tú, más o menos, Brad.

Shayton meditó unos instantes.

—Britt, voy a pedirte un favor —dijo al fin.

—Lo que quieras —contestó ella de inmediato.

—Cuando estuviste en la fiesta en que conociste a Ellison Park...

—¿Y quién te lo ha dicho, Brad?

Shayton se echó a reír.

—Yo soy Ted Park —dijo—. Lo siento, no te conocía entonces y usé ese truco para iniciar la relación contigo.

Los ojos de Britt despidieron un vivo centelleo.

—No me importa —manifestó—. Sigue, Brad.

—Simplemente, trata de recordar a algunas de las personas que estuvieron en aquella fiesta y que, a tu juicio, pudieran tener más relación con Steimler o con Park. Ya me entiendes, ¿no?

—Desde luego, aunque ahora no recuerdo...

—No hace falta que te apresures. Pero llámame en cuanto recuerdes un hombre que te parezca interesante.

—Así lo haré —prometió ella. De pronto puso los brazos en torno al cuello de su visitante—. Eres un tipo estupendo, Brad.

Shayton la besó suavemente en una mejilla.

—Volveré a verte pronto —aseguró.

CAPÍTULO VI

Alice Brown se presentó al día siguiente, muy avanzada la mañana, fresca y radiante, con aire de gran satisfacción. Shayton sonrió satisfecho al verla.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó.

—No puedo quejarme. Si todo lo que usted ha planeado da resultado, podré decir que ha sido un viaje muy fructífero.

—Eso espero yo también. Warburton es un abogado muy competente y tiene excelentes relaciones en la Oficina Federal de Patentes.

—Lo cual siempre es útil en un caso como el nuestro.

—Sobre todo, cuando se actúa con honestidad. De momento, sin embargo, no tengo grandes noticias que darle, salvo la de la muerte de Jessup.

—He leído los periódicos —dijo Alice.

—Me siento preocupado —confesó él—. Los forenses no han conseguido averiguar todavía qué es lo que causa las muertes. Pero yo he llegado a la conclusión de que se han producido todas con un intervalo apenas superior a las cuarenta y ocho horas. Me refiero a los casos de envenenamiento, por supuesto.

—Es extraño, en efecto. ¿Se le ha ocurrido alguna hipótesis?

Shayton hizo un gesto con las manos.

—Soy abogado, no policía —respondió.

—Pero no es torpe —sonrió Alice.

—No me considero como tal, aunque hay cosas que, en ocasiones, escapan a mis conocimientos. Pero haré lo que pueda por encontrar esa patente, aunque sí me gustaría que usted contestase a unas preguntas.

—Desde luego.

—Esa patente, por lo visto, es el resultado de los trabajos comunes de su padre y del doctor Steimler.

El pecho de Alice se agitó visiblemente.

—Sí, pero cuando ya estaba todo casi resuelto, Steimler provocó el accidente de automóvil que causó la muerte de mi padre —dijo.

—Demos por sentado que se trata de un hecho criminal. Steimler remató el trabajo y..., ¿no dejó siquiera copia de lo que había escrito? Es decir, la descripción de la fórmula.

—Si dejó esa copia, se quemó en el incendio.

—Pudo guardarla, por ejemplo, en la caja de alquiler de un Banco.

—En todo caso, yo ignoro lo que pudo hacer sobre el particular.

—Sí —dijo Shayton desatentadamente—. Oiga, ¿no comunicó a la policía sus sospechas sobre el asesinato de su padre?

—Claro que sí, pero no encontraron la menor avería en el coche, al menos una avería susceptible de causar el accidente.

—¡Qué extraño! —comentó Shayton—. En tal caso, ¿cómo pudo usted afirmar que se trataba de un asesinato?

—Se lo explicaría mucho mejor si conociera el lugar del accidente —contestó Alice.

—¿Por qué no?

La joven se puso en pie.

—Tengo mi coche abajo —sonrió.

* * *

La carretera serpenteaba por las laderas de una serie de montañas muy accidentadas, que componían un paisaje sumamente atractivo. A la izquierda se divisaba un extenso valle, en cuyo centro se veía un lago rodeado de hierba y pinos y abetos de gran tamaño. Entre los árboles, aquí y allá, se divisaban numerosas casitas de recreo.

—Mi padre tenía una pequeña villa, donde solía pasar los fines de semana —explicó Alice sin quitar la atención un solo instante del manejo del vehículo—. Muchas veces venía yo también. A él le gustaba irse al lago a pescar, a veces en la orilla, aunque en ocasiones, tomaba su barca y se iba al centro remando.

—He pasado más de una vez por aquí —dijo Shayton—. Sin

embargo, nunca me había fijado en el paisaje con tanto detenimiento. Es un lugar realmente encantador.

—A mí ya no me lo parece tanto, sobre todo, después de la muerte de mi padre —contestó ella sombríamente.

—Tiene que procurar sobreponerse...

De súbito, un automóvil salió rugiendo de la curva próxima, muy cerrada. Shayton presintió el accidente y cerró los ojos. Alice gritó, a la vez que pisaba el freno a fondo.

El coche se detuvo con gran chirrido de frenos. Las ruedas delanteras quedaron a menos de un palmo de un profundo precipicio, de más de cincuenta metros y de paredes rocosas, casi verticales. En el fondo se veían enormes pedruscos, desprendidos de la ladera en el transcurso de los tiempos. Luego la ladera tomaba una inclinación mucho menos pronunciada y quedaba cubierta por numerosos árboles, algunos de los cuales alcanzaban treinta y más metros de altura.

El otro vehículo se alejó rugiendo a toda velocidad, con sonoros chillidos de sus ruedas al tomar la curva muy ceñidamente. Alice aplicó el freno de mano y se volvió hacia su acompañante.

—¿Lo comprende ahora? —preguntó.

Shayton sacó cigarrillos.

—Ojalá tuviera un trago —dijo.

—Mi padre debió de reaccionar de una manera muy distinta o tal vez, confiado, llevaba diez kilómetros más de velocidad. Esos pocos kilómetros fueron suficientes para que no pudiera detener el coche y saltara al barranco.

—¿Usted cree?

—Estamos en el lugar exacto donde se produjo el accidente —contestó Alice con acento de total seguridad—. Ahora yo rodaba a menor velocidad de la que suelo llevar cuando voy a mi casa a pasar los fines de semana, debido a que quería que viese usted el paisaje.

—Una circunstancia afortunada —dijo él, entregándole un cigarrillo ya encendido.

Alice aspiró un par de bocanadas. Luego tendió el brazo izquierdo.

—Desde aquí podemos ver tres curvas seguidas, pero bastó con que Steimler se escondiera en la segunda, sabiendo, muy

aproximadamente, la hora en que mi padre pasaría por aquí. Además, conocía su coche. Entonces, arrancó y, como ese salvaje que ha pasado hace un minuto, simuló lanzarse contra el auto de mi padre. Naturalmente, mi padre hizo lo que cualquiera otro hubiera hecho en su lugar: desviarse hacia la derecha. Pero iba a demasiada velocidad y ya no tuvo tiempo de frenar de un modo satisfactorio.

—Por tanto, el accidente no se debió a ninguna avería.

—No, lo hizo Steimler.

—¿Se comprobó si estaba en la ciudad en aquellos momentos?

—Steimler presentó un testigo, quien declaró que el supuesto culpable se hallaba a su lado a la hora en que se produjo el accidente.

—¿Conoce el nombre del testigo?

Un instante después, Shayton se decía que desearía no haber hecho aquella pregunta.

Alice contestó:

—Britt Ponsomby. En un fin de semana, ¿dónde podría estar Steimler si no era en compañía de esa prójima?

* * *

La casa era pequeña, de una sola planta, aunque elevada sobre cuatro pilotes de cemento, debajo de la cual había el espacio suficiente para estacionar algunos automóviles. En la parte delantera, tenía una gran terraza en voladizo, desde la que se divisaba una espléndida vista del lago, situado a poco más de cuatrocientos metros de distancia.

Soplaba una leve brisa que traía un agradable olor a humedad y a pino. Sentado en una hamaca, a la sombra de un toldo que habían extendido a la llegada, Shayton reflexionaba sobre las palabras acusatorias que había lanzado Alice menos de media hora antes.

Alice llegó con una bandeja en la que había servicio de café. Después de tomar una tasa, Shayton comentó, con acento intrascendente:

—Parece que no tiene usted mucha simpatía hacia Britt Ponsomby.

—Ninguna —declaró ella tajantemente—. ¿Cómo se puede sentir simpatía hacia una mujer de esa clase? No por lo que pueda ser,

sino por lo que hace.

—¿Qué hace?

—Sacar dinero a los tontos, hombre. ¿No le dije ya que Steimler la atiborraba de joyas?

—Pero también ha dicho que Steimler estaba con ella en el momento de ocurrir el accidente.

—Tiró a mi padre por el barranco y corrió a reunirse con Britt. Pasaron muchas horas antes de que un automovilista descubriese el coche. De aquí a la casa de Britt no hay mucho más de una hora. ¿Quién puede, entonces, puntualizar el instante exacto de la muerte de mi padre?

—En cierto modo, podía hacerse, señorita Brown.

—¿Cómo? —preguntó Alice.

—Muy sencillo: sabiendo la hora en que inició el viaje a su casa de recreo...

—Estaba solo...

—Pero alguien le vería salir de su casa de la ciudad.

—¿Quién iba a fijarse en una cosa que solía suceder con gran frecuencia? Además, la mayoría de los vecinos salen también a pasar sus fines de semana fuera de la ciudad.

—¿Y usted?

—Yo estaba en Kansas City, en la Universidad.

—En tal caso, su padre estaba solo aquí.

—Justamente.

—Interrogaré a Britt Ponsomby, si usted no tiene inconveniente.

—Ninguno, pero ya le anticipo que no conseguirá nada. Es muy lista, una verdadera pájara, se lo aseguro.

—Usted parece conocerla muy bien.

—Demasiado, señor Shayton.

—¿Ha hablado con ella muchas veces?

—Oh, no, claro que no, pero basta verla...

—Señorita, las apariencias no responden siempre a la realidad.

—¡En este caso, sí!

Shayton se extrañó del acento de furia que latía en las palabras de la muchacha. Su actitud destruía en buena parte el encanto personal que se desprendía de su rostro y de su figura.

—Quizá tenga usted razón —dijo, conciliador.

—La tengo —contestó ella con enfático acento.

Shayton aplastó el cigarrillo que había encendido minutos antes contra un cenicero.

—Creo que es hora de volver a la ciudad —sonrió.

Alice se puso en pie y empezó a reunir los cacharros sobre la bandeja. Luego tomó ésta en las manos.

De repente, la bandeja voló por los aires con gran estruendo, arrebatada por una fuerza misteriosa. Alice chilló, pero su voz no fue suficiente para ahogar el estampido del arma de fuego que acababa de ser disparada.

* * *

Shayton agarró a la muchacha por un brazo y la hizo tenderse en el suelo, a su lado. Sonó otro disparo.

La bala silbó amenazadoramente sobre sus cabezas y fue a estrellarse en la pared de la casa.

—Nos tirotean —dijo Alice, muy pálida.

—Diga mejor que me tirotean a mí —rectificó él, tratando de buscar con la vista el lugar donde se hallaba el autor de los disparos.

—¿Cómo?

El rugido de un automóvil que arrancaba a toda velocidad llegó a los tímpanos del joven. Shayton levantó la cabeza y pudo ver un coche de color gris fuerte, a unos ciento cincuenta metros, que rodaba por el camino que conducía a la carretera general.

El vehículo quedó bien pronto oculto tras una espesa nube de polvo. Shayton se lamentó de no tener unos prismáticos a mano para captar la matrícula del coche donde se alejaba el misterioso tirador.

—Ya puede ponerse en pie, Alice.

Ella aceptó la mano que le tendía Shayton. Temblaba de pies a cabeza.

Shayton se inclinó y recogió la bandeja, en la que se veía un enorme agujero, debido al escaso ángulo de impacto de la bala. La cafetera y las tazas se habían convertido en menudos fragmentos.

—Lo siento —dijo.

Alice le miró inquisitivamente.

—De modo que tiraban contra usted —exclamó.

—Después de la amenaza que recibí, tengo que pensar así a la fuerza.

Shayton metió la mano en el bolsillo y sacó el anónimo recibido días antes. Alice lo leyó, con el estupor retratado en su lindo rostro.

—Asombroso —calificó.

—¿A quién comunicó usted que yo iba a ocuparme de su asunto? —preguntó el abogado.

Ella se mordió los labios.

—No puede ser —murmuró.

—Vamos, dígame el nombre —insistió él.

—Pero es que...

—¿Acaso no se atreve?

—Se llama Greg Sanderson. Es un chico que me gusta mucho. Quiere que me case con él. No estoy decidida por completo, aunque puede que acabe siendo su esposa.

—Debe darme su dirección. He de hablar con ese Sanderson.

—Pero él no puede ser...

—¿A quién más comunicó usted su decisión de encomendarme el caso?

—Sólo a Greg, señor Shayton.

—¿Seguro? ¿No habló con nadie más?

Alice hizo un gesto negativo.

—No, pero sigo sin creer que sea Greg el que ha querido matarle —dijo tercamente.

—Ya veremos. De momento, lo mejor será que volvamos a la ciudad. Luego yo me ocuparé de hablar con el señor Sanderson, si usted es tan amable de indicarme su domicilio.

—Sí, se lo diré —suspiró la muchacha.

—Y también me dirá otra cosa, señorita Brown.

—¿Qué es, abogado?

—¿Conoce Sanderson la importancia de la fórmula?

—Por supuesto, no tengo secretos para él. Y menos desde que me prometió, y lo ha cumplido, no ver más a Britt Ponsomby.

—A ver, explique usted eso —pidió Shayton, muy sorprendido.

—Pues es bien sencillo, hombre. Britt quería que Greg le comprase Unas cuantas, joyas más para su colección. Greg es un poco inexperto para las mujeres y...

—¿Se considera usted una experta con los hombres?

Alice enrojeció violentamente.

—La mujer siempre es un poco más lista que el hombre, al menos, en ciertos aspectos de la vida —contestó.

—Ya —dijo él socarronamente—. Por fortuna, usted rescató a Greg de las garras de la ávida vampiresa.

—Sí, pero esto no es cosa de broma —exclamó Alice, muy irritada.

—Nunca se me ocurriría tomar a broma un asunto que me ha podido costar un agujero en el pellejo —respondió Shayton, ahora muy serio.

CAPÍTULO VII

Sanderson estaba fuera de la ciudad o, al menos, eso era lo que suponía el conserje de la casa donde vivía. Shayton dio una buena propina al individuo, junto con una tarjeta en la que figuraban sus teléfonos, el particular y el de la oficina. Él conserje le prometió llamarle así que regresara Sanderson.

Un tanto frustrado, Shayton, ya en la calle, meditó acerca del siguiente paso que debía dar. De pronto, se le ocurrió que no había hablado lo suficiente con May Garden.

La mujer le recibió casi con hostilidad.

—¿Qué quiere ahora? —preguntó desabridamente.

—En primer lugar, expresarle a usted mis sinceras condolencias, señora Garden —dijo Shayton—. Después...

—Oiga, Jessup era un buen amigo, y siento muchísimo su muerte, pero no crea que le voy a llorar como una viuda. Soy joven, ¿comprende?

—Salta a la vista —sonrió el visitante—. Por favor, ¿podría hablar unos minutos con usted?

May se apartó displicentemente.

—Bueno, no tengo nada que ocultar —dijo.

—Pero lo que está oculto, parece muy atractivo.

Ella, halagada, sonrió.

—Me conservo bien —respondió.

—No es usted una ancianita, precisamente. Un día me gustaría ir detrás de usted por la calle y contar los hombres que vuelven la cabeza o silban a su paso. No habría uno solo que no hiciera una de las dos cosas.

—Vamos, vamos, no exagere. Estoy... atractiva, pero nada más, sin excesos.

—Según se mire, claro.

—¿Por qué no lo mira usted a través de una copa?

—Es una sugerencia muy agradable, señora Garden.

—Llámeme May, por favor. Y, a propósito, ¿cuál es su nombre, abogado?

—Bradford, pero los amigos lo dejan en Brad, simplemente.

May llenó las dos copas.

—Yo también le llamaré Brad —dijo—. ¿De qué quería hablarme?

—De Jessup. Era un buen amigo suyo, creo.

—Psé...

—Recuerdo que, al principio, usted no quería indicarme su dirección y sólo accedió después de imponerme la condición de hablar previamente con él por teléfono. Pero ya no le vi con vida.

—Quería evitarle un lío. —May caminó hacia un diván y se sentó, cruzando las piernas aparatosamente—. Venga a mi lado, Brad.

—Estoy bien de pie —sonrió Shayton, que no tenía la menor intención de que la cosa pasara a mayores—. ¿En qué lío podía meter yo a Rick?

—La verdad, era un excelente amigo, pero ello no me impide reconocer que, en ocasiones, aceptaba trabajos que no me parecían demasiado honrados. Ahora bien, como nunca me complicó en sus cosas... Es lo que yo me he dicho siempre: vive y deja vivir.

—Sana política —aprobó él—. Pero usted, quizá, conozca a algunos amigos de Jessup, quizá un socio...

—Rick era un tipo muy simpático y alegre, por eso me atraía bastante. Pero de lo demás, no sé nada.

—Eso ya me lo ha dicho. Lo que yo quiero es conocer algún nombre. ¿No le suena ninguno? Recuerde que Rick murió asesinado. Creo que le gustaría que su asesino fuese castigado.

May entornó los ojos.

—Por supuesto..., pero sólo recuerdo un nombre que, quizá, pueda estar relacionado con él —dijo.

—Dígamelo, por favor —pidió Shayton.

—Greg Sanderson.

Sobrevino una pausa de silencio. Luego, Shayton hizo una pregunta:

—¿Le conoce personalmente?

—He hablado un par de veces con él —admitió May—. Mi relación con Sanderson, sin embargo, ha sido siempre muy superficial.

—¿En qué trabaja Greg?

—Creo que es representante de una empresa de productos químicos, pero eso es todo lo que puedo decirle.

—Gracias, May.

Shayton tomó el camino de la puerta. La ex bailarina se levantó de un salto.

—¡Eh, no se vaya tan pronto! —gritó.

—Lo siento, tengo mucha prisa.

Era, hasta cierto punto, una mentira, pero en aquellos momentos, lo que menos sentía Shayton eran deseos de iniciar una aventurilla. May era aún una mujer muy hermosa, pero no le atraía en absoluto y no quería dejarse vencer por sus incitaciones.

* * *

Britt le recibió ataviada con una cortísima bata de baño, que permitía ver unas piernas deslumbrantes. Shayton estaba seguro que no había más ropa bajo la bata, pero lo que le llamó la atención fue la extraña forma en que estaba peinada.

—No te esperaba —sonrió ella.

—Si yo fuese un embustero, diría: «Pasaba por aquí y...», pero no es cierto. He venido a verte intencionadamente.

Britt se colgó de su brazo.

—Me alegra mucho oírte hablar así —dijo.

—Gracias. Oye, ¿qué peinado es ése...?

—No seas tonto, hombre: estaba haciendo trampas con el pelo —rió ella.

—¿Trampas?

—Sí, mírame bien. Fíjate en las raíces de la frente.

Shayton entornó los ojos.

—El pelo es algo más oscuro —dijo.

—Soy rubia natural. Mi cabello es dorado —declaró Britt.

—Entonces, ¿por qué...?

Britt se separó de él, para acercarse al bar.

—A los hombres les gusta mucho más este color de pelo —dijo, mientras destapaba un frasco de cristal tallado.

—Será a algunos hombres, no a todos —contestó Shayton, a la vez que se sentaba en un taburete—. Con esos tintes, lo único que conseguirás será quemarte el pelo y, hasta, quién sabe, una grave enfermedad epidérmica.

—¿Tú crees? —se alarmó ella.

—Voy a darte un consejo... Una vez, hablé con un buen amigo, médico dermatólogo y entendido en la materia. Deja de teñirte el pelo y córtatelo muy corto, como un chico, así descansará del peine y del cepillo. Lavatelo solamente con agua y algún jabón neutro y deja que el aire entre libremente hasta el cuero cabelludo. Apuesto a que casi cada día tienes que andar con el vaso de agua y las aspirinas, ¿no es así?

Britt le miró, estupefacta.

—Pues sí, pero, nunca había dado en ello...

—Te aprecio sinceramente, por eso te he dado el consejo. Ahora, de ti depende el seguirlo o no, Britt. Claro que si crees indispensable tener el pelo con ese color...

—En absoluto —respondió ella vivamente—. Mañana, sin falta, iré a la peluquería. Oye, es verdad, la cabeza me duele con frecuencia, sobre todo, al día siguiente de aplicarme el tinte.

—¿Lo ves? —sonrió él—. ¿Acaso ese color de pelo le gustaba a Sanderson?

Britt se quedó parada al oír aquel nombre.

—¿Quién te ha mencionado a Sanderson? —preguntó.

—Alice, la hija del doctor Brown. No te tiene ninguna simpatía.

Britt hizo una mueca.

—Anda, tómate esta copa —indicó—. Esa chica ancla un poco mal de la cabeza, créeme.

—¿Qué hubo entre tú y Sanderson?

—Nada, No me gusta en absoluto. Vino a verme con una sortija que tenía un diamante del tamaño de un guisante. Le envié a paseo.

—Alice asegura...

—Sanderson y yo cenamos un par de veces. Es un tipo bastante simpático, pero muy presuntuoso y pagado de sí mismo. Claro que puede agradar a otras personas, como Alice Brown. De gustibus non disputandibus.

—Latín y todo, ¿eh?

—Recuerda que estuve a punto de graduarme.

—Sí, es verdad. Así pues...

—Lo de Sanderson no llegó siquiera a devaneo. Ni siquiera llegué a recibirle en mi casa una sola vez.

—Muy bien, lo celebro infinito. Y ahora, dime, ¿a qué se dedica Greg?

—Anda con algo de empresas químicas, no lo sé muy bien. ¿Por qué te interesa tanto?

Shayton volvió a ensañar el anónimo recibido. Britt lo leyó y se puso pálida.

—¿Sospechas que te lo haya enviado él? —preguntó.

—Sanderson es la única persona enterada de que Alice me había encomendado la defensa de sus derechos, como heredera de la fórmula Brown-Steimler. Es decir, sabía que ella iba a encomendarme el caso. Ahora ya lo saben más personas, claro.

—Comprendo —dijo Britt—. Ciertamente, yo no te puedo decir nada en favor o en contra, pero ¿por qué no hablas con el mismo Sanderson?

—Está fuera de la ciudad —contestó Shayton.

—Entonces, ve a ver a Mark Zendly.

—¿Quién es Zendly?

—El socio de Sanderson. Greg me lo presentó en cierta ocasión en que cenábamos juntos. Charlamos un rato y luego Zendly nos dejó solos. Pero Greg dijo que él y Zendly eran socios y que estaban muy unidos.

—¿Sabes dónde vive Zendly?

Britt hizo un gesto negativo.

—No tengo la menor idea, pero ahí está la guía telefónica —indicó.

Shayton pellizcó cariñosamente la mejilla de Britt.

—Eres una buena chica —elogió.

Momentos más tarde, anotaba la dirección de Zendly en su agenda. Luego lo llamó por teléfono para concertar una entrevista.

—Mañana, a las once, en mi despacho —contestó Zendly.

—¿No podría ser antes? —sugirió Shayton.

—Lo siento. Esta noche tengo un compromiso ineludible. Mañana, a las once, tendré mucho gusto en atenderle.

—Gracias, señor Zendly. Y ahora, por favor, ¿puede indicarme dónde está su socio y cuándo volverá?

—Mañana hablará también con él, a la misma hora. Buenas noches.

Zendly cortó la comunicación bruscamente. Shayton dejó el teléfono en su sitio y se volvió hacia la dueña de la casa.

—Hasta mañana no hablaré con Zendly —dijo—. Mientras tanto, ¿no tienes por ahí algo de pan, carne fría y una lata de cerveza?

Britt saltó hacia él, se colgó de su cuello y le besó fuertemente.

—Hay más cosas en el frigorífico —dijo con ojos muy brillantes.

* * *

A las once menos dos minutos del día siguiente, Shayton estaba en el antedespacho de Zendly, aguardando pacientemente a ser recibido por el individuo. Una secretaria le había atendido brevemente, indicándole luego aquella especie de sala de espera, decorada con no demasiado lujo. Para Shayton, los negocios de Zendly y de su socio no eran demasiado boyantes.

Y, sin embargo, Sanderson había querido regalar a Britt en cierta ocasión un valioso anillo con un diamante. «A menos que la piedra fuera falsa», pensó.

De pronto oyó una voz agria:

—¡Te aseguro que hice lo que pude! El tipo no quiso pagar más.

—¿Y le entregaste el sobre?

—¡Claro! ¿Qué diablos querías que hiciera?

—Eres un estúpido, Greg. Has cedido por una porquería algo que vale millones...

—No podía hacer otra cosa, Mark, te lo juro.

—Estúpido, mil veces estúpido...

—¡Vete al diablo, Mark! Tú estás ahí bien sentado, repantigado en tu sillón, mientras yo corro todos los riesgos. ¿Y aún tienes la cara dura de quejarte de lo que he hecho?

La puerta se abrió bruscamente y un hombre alto, joven, de excelente aspecto, pero con el rostro deformado por la cólera, salió y se marchó a grandes zancadas, antes de que el atónito visitante pudiera detenerlo. Segundos después, Shayton oyó una exclamación femenina de sorpresa. Luego sonó un estrepitoso portazo.

Alguien apareció en el umbral del despacho privado.

—¿Señor Shayton?

El joven se puso en pie. Delante de él tenía a un hombre de unos treinta, y cinco años, estatura mediana y rostro anguloso y picado de viruelas.

—Encantado, señor Zendly —dijo el visitante.

—Pase y sea breve, por favor —contestó Zendly, evidentemente malhumorado.

—Sí, seré breve, sobre todo, después de lo que he oído.

Zendly cerró la puerta.

—¿A qué se refiere, abogado?

—Parece ser que su socio ha malvendido la fórmula Brown-Steimler, ¿no es así? —dijo Shayton con la sonrisa en los labios.

Zendly le miró fijamente durante unos segundos. Luego, de pronto, caminó hasta su mesa, abrió un cajón y sacó de su interior un revólver, con el que apuntó al visitante.

—Temo que no va a repetir a nadie lo que acaba de decir —exclamó torvamente.

CAPÍTULO VIII

En el primer instante, Shayton sintió que se le contraía el estómago al verse encañonado por el arma. Luego se dijo que, a toda costa, debía mantener la serenidad.

—Matándome no resolverá sus problemas, antes los agravará —dijo.

—Pero quitaré de en medio a un maldito entrometido —gruñó Zendly.

—¿Le fastidia haber perdido unos cuantos millones por culpa de la ineptitud de Sanderson?

—Es un idiota...

—¿A quién han vendido la fórmula?

—¿Me cree tan tonto como para decírselo?

Shayton se encaminó hacia la puerta.

—A Alice Brown no le gustará mucho enterarse de que el hombre a quien cree un amigo sincero la ha traicionado —dijo.

—¡Alto!

Shayton se detuvo y giró violentamente.

—¿Qué va a hacer? —exclamó—. ¿Disparar contra mí? Se oirá la detonación y... ¿Dirá acaso que he pretendido robarle? Estoy desarmado y tengo cierta reputación en la ciudad. ¿Cómo justificaría usted mi muerte?

Zendly lanzó una sonora interjección.

—Nunca debí haberme metido en este asunto —gruñó.

—¿Quién le habló de la fórmula?

—Alice, la hija del doctor Brown.

—Ah, la conoce usted.

—Sí, somos muy amigos...

—Pero ella aprecia más a Greg.

Zendly se encogió de hombros.

—Mire mi cara —rezongó.

—Claro, Greg es más guapo. Pero también más tonto, ¿no?
¿Cuánto han conseguido?

—Cincuenta mil.

Shayton lanzó una carcajada.

—¡Les han timado! —dijo.

Zendly estaba a punto de explotar de cólera.

—¡Ese maldito idiota! —gritó—. No sabe más que mirarse al espejo...

De pronto, se sentó en el sillón. El revólver se desprendió de sus dedos sin fuerza.

—No me encuentro bien —gimió.

Shayton se alarmó.

—¡Zendly! ¿Qué le sucede? —gritó.

—Tengo frío... —Los dientes del individuo castañetearon de pronto—. Creo... que estoy ardiendo de fiebre... El joven saltó hacia la mesa.

—Zendly, pronto, dígame a quién han vendido la fórmula —pidió.

El hombre le miró con ojos turbios.

—Estoy muy mal...

Su rostro tenía ya un pronunciado color escarlata. Bruscamente, cayó de espaldas en el sillón.

—Petro...

La boca de Zendly se torció en una mueca dolorosa. Todo su cuerpo fue sacudido por una terrible convulsión. Luego, los movimientos se hicieron más lentos, hasta cesar por completo.

Shayton se aterroró. La cara, las manos, toda la piel que quedaba al descubierto, habían tomado un pronunciado tinte cárdeno, que se transformaba con rapidez en un horripilante color caoba.

Si poder evitarlo, Shayton separóse de la mesa, mientras contemplaba con morbosa fascinación el horrible espectáculo que era el cadáver de Zendly. ¿Qué extraña sustancia, de gran poder tóxico, causaba una muerte tan horrible?

—Usted conocía a Zendly —dijo Shayton.

—Superficialmente, claro está —contestó Alice, mientras ponía *whisky* en dos vasos altos.

—¿Hasta qué punto se puede tomar como cierta esa palabra, superficialmente?

Alice se volvió con rapidez.

—A ver, explíquese mejor —pidió.

—No; es usted la que tiene que explicarse —contestó Shayton enérgicamente—. Vino a verme, con objeto de que la defendiera en sus problemas con la fórmula ideada por su padre, en colaboración con Steimler; pero la realidad es que no he hecho más que verme envuelto en crímenes misteriosos. ¿Se da cuenta de que ya han muerto cuatro personas horriblemente envenenadas y que todavía no se sabe qué es lo que las ha matado?

Alice tomó un trago de su vaso y empezó a pasearse nerviosamente por el salón de su casa.

—Soy inocente de esas muertes... —dijo tras una pausa.

—Nadie la culpa, por supuesto. Pero creo que no ha sido sincera conmigo.

—Le he contado todo lo que sé.

—Salvo, quizá, la naturaleza exacta de sus relaciones con Sanderson.

—Es un hombre que me agrada. Quiere casarse conmigo.

—Se ha dejado engañar por él, Alice.

—No acabo de creerlo, señor Shayton.

—Escuche, le estoy diciendo la verdad. Antes de hablar con Zendly, estuve un rato en el antedespacho. Zendly y Sanderson discutieron con enorme violencia. Zendly dijo a Sanderson que era un estúpido y un tonto. Antes de morir, Zendly me confesó que Sanderson había cedido la fórmula por sólo cincuenta mil dólares.

—¡Cincuenta mil! —repitió Alice, estupefacta.

—Así como suena, señorita Brown.

—Pero, ese hombre, ¿es idiota?

—Ah, ¿ya no piensa en él como un futuro esposo?

Alice se revolvió colérica.

—¿Cree que ahora podría casarme con el hombre que, no sólo me ha engañado, sino que ha vendido algo que no le pertenece por una miseria?

—Bueno, de todos modos, no tiene por qué preocuparse demasiado. La Oficina de Patentes no aceptará la inscripción de esa fórmula a nadie que no actúe debidamente autorizado por usted. Pero lo que más importa ahora es saber dónde está Sanderson...

Ella se encogió de hombros.

—Si, no se hubiesen producido tantas muertes, le diría que no me importa en absoluto —contestó.

—La policía le está buscando. Ha desaparecido de la ciudad —dijo Shayton.

—Se lo aseguro, no tengo la menor idea de dónde pueda estar ahora.

—¿Tenía Sanderson alguna residencia secundaria?

—No, que yo sepa. Algunas veces sí vino a la villa del lago, pero él decía que le gustaba más la playa.

—El mar está a cientos de millas —gruñó Shayton. Terminó su vaso y se puso en pie—. Trate de recordar algún posible lugar en el que Sanderson haya podido esconderse. Llámeme en cuanto se le ocurra algo que pueda significar una pista.

—Está bien —contestó la muchacha desanimadamente.

Shayton salió a la calle, no menos desanimado que Alice. En la muerte de Zendly, sucedida la víspera, había algo que no cuadraba bien con las hipótesis que se había forjado.

Zendly no había muerto después del plazo de cuarenta y ocho horas que parecía preceptivo para todos los que habían tenido algo que ver con la fórmula. El plazo transcurrido entre la última muerte y la de Zendly era de cincuenta a cincuenta y una horas.

¿Por qué?

La cabeza le ardía. Debía despejarse un poco, pensó.

¿Un paseo por el campo?

Sí, pero no solo, decidió de repente.

Entró en una cabina telefónica y marcó un número. —Tengo ganas de tomar el aire puro del campo— dijo. —¿Quieres venir conmigo?

—Sí —contestó Britt sin pensárselo dos veces.

* * *

La chica tenía el pelo del color del trigo maduro, muy corto, y

vestía una blusa blanca, sin mangas, con falda azul celeste, corta, sandalias y un bolso a juego. Era una mujer muy atractiva, pensó Shayton al verla.

La chica se acercó al automóvil y sonrió.

—Hola, Brad —dijo.

Shayton se quedó pasmado.

—Creo que me he equivocado...

Britt se sentó desenvueltamente junto al abogado.

—¿Tan cambiada estoy? —preguntó.

—¿Cambiada? ¡Desconocida!

Ella exhaló una alegre carcajada.

—Vamos, arranca y deja de mirarme como un pasmado —exclamó.

Shayton dio al contacto del coche.

—Increíble —murmuró.

Britt se atusó levemente el pelo.

—Fui al peluquero, como me indicaste. Se indignó, más por el corte de pelo que por el cambio de color, que no ha sido tal cambio, sino pedirle que lo volviera a su tonalidad anterior. Claro que ahora ha tenido que emplear tinte, como puedes comprender, pero, créeme, será la última vez —explicó.

—No sabes cuánto me alegro. Estás infinitamente mejor, te lo aseguro, más natural..., tú misma, en una palabra —dijo Shayton.

Britt se reclinó en el respaldo, satisfecha por lo que acababa de oír.

—Me gusta enormemente oírte decir esas cosas —suspiró—. Hacía tiempo que no oía hablar a nadie con tanta sinceridad.

—Sólo he dicho la verdad, Britt.

—En la inmensa mayoría de las ocasiones, nadie era sincero conmigo. Pero no quiero pensar ya en cosas tristes. Ahora pensaré que mucho de lo que me ha sucedido pertenece completamente al pasado. Y está terriblemente lejano y, como me pasaba a veces, no me sentiré tan vieja.

—Eres muy joven, Britt —dijo él.

—Voy a cumplir veinticinco, de modo que ya no soy una niña.

—Veinticinco —repitió Shayton—. Alice Brown no te tenía mucha simpatía que digamos. A mí me dijo que tenías treinta años.

—Estaba un poco celosa, porque creía que le iba a quitar a

Sanderson. Pero ya sabes lo que pasó. Además, aquel color de pelo y el peinado y los vestidos tan sofisticados..., podían hacerme más atractiva, pero, en el fondo, creo que me añadían años.

—Es muy probable que tengas razón. Dime, Britt, ¿crees que Steimler pudo matar al padre de Alice?

Ella frunció el ceño un instante.

—La chica le acusó, es cierto —dijo—. Incluso la policía vino a interrogarme.

—Pero tú probaste su coartada.

—El día en que murió Brown, Steimler vino a visitarme.

—¿A qué hora?

—Sobre las tres de la tarde, más o menos.

—Era viernes.

—Sí. Me extrañó un poco, pero no iba a echarle a la calle.

—Brown solía ir a su villa junto al lago los viernes y salía de casa entre la una y las dos de la tarde. Si aquel día salió a la una, a las dos estaba muerto. Y Steimler llegó a tu casa a las tres de la tarde.

—Puede ser, pero nadie pudo demostrar que Steimler provocase el accidente. Yo declaré exactamente lo que sabía y, créeme, Steimler no me pidió que dijese una hora distinta de la que había llegado. Ni siquiera mencionó el accidente, hasta algunos días después de lo ocurrido, cuando ya me había interrogado la policía. Desde luego, estaba muy afectado por la muerte de Brown, claro que también eso podía ser una ficción, ¿no te parece?

Shayton asintió.

—Es probable, pero si tú dijiste la verdad, no tienes nada que reprocharte y no debe importarte lo que digan los otros —contestó.

—Brad, hasta ahora no me habías dicho nada de este tema. ¿Por qué?

—Pronto lo sabrás —repuso él, que no quería dar una respuesta que le comprometiera. En realidad, había estado observando a Britt, hasta convencerse de su sinceridad, cosa bien distinta de las apariencias con que ella se le había presentado en los primeros momentos de su conocimiento mutuo.

—Bueno, como quieras...

—También te entrevistaste una o dos veces con Clint McBrine.

Ella se puso seria.

—Es cierto —admitió—. Quería hacerme chantaje.

—¿Y...?

—¿Qué hace el chantajista cuando la víctima se niega a pagar?

—Pues..., publica las cartas o fotografías comprometedoras, supongo.

—No había fotografías, sino cartas. Mac creyó que esas cartas, de un antiguo admirador, causarían mella en Steimler. La primera vez que nos vimos fue para enterarme de sus propósitos. En la segunda ocasión, le dije que podía entregar las cartas a Hans, o a la prensa o a quien quisiera.

—¿Qué dijo Mac?

—Se quedó completamente chasqueado, como puedes suponer. El esperaba obtener algunos miles y sólo consiguió unas cuantas cartas, que nunca tuvieron para mí el menor valor, pese a que hubiese en ellas algunas frases apasionadas. Por otra parte, Steimler y yo estábamos ya a punto de terminar nuestra relación, así que no me importaba lo que pudiera hacer aquel miserable.

—Ya no volvió a molestarte, supongo.

Britt abrió el bolso y extrajo una pitillera.

—No supe más de él hasta que leí la noticia de su muerte —respondió, a la vez que se ponía un cigarrillo en los labios.

Inhaló un par de bocanadas de humo.

—Había escrito aquellas cartas, años atrás, a un hombre con el cual pensé casarme. Resultó ser un sinvergüenza, de la misma calaña que McBrine, y rompí con él —añadió—. Supongo que más adelante tendría negocios comunes con Mac..., incluso creo que pensó en sacar algún dinero de las cartas, empleando a Mac como intermediario. La verdad, Larry Petrovsky me defraudó completamente.

—¿Ruso?

—Oh, no, descendiente de polacos..., pero fueron sus abuelos los que llegaron al país hace cien años o cosa así. No he vuelto a verle y no lo he lamentado, créeme.

La carretera era todavía recta y Shayton pudo soltar una mano del volante para palmear la de Britt.

—Olvidalo —dijo suavemente.

—Tú desconfiabas de mí —dijo ella, dolida.

—Sabía lo de tus entrevistas con Mac y lo relativo a la coartada

de Steimler, pero quería conocerte mejor. Compréndeme, Britt; estoy tratando de resolver un enigma, no sólo dificultoso, sino sangriento.

—Es verdad, pero...

—Britt, no me lo reproches, por favor. Yo he sido comprensivo contigo, trata tú ahora de serlo conmigo. Ponte en mi lugar, te lo ruego.

Ella forzó una sonrisa.

—Sí, Brad, me imagino lo que pudiste pensar de mí —dijo—. Y, hablando con sinceridad, me parece lógico. Cualquiera, en tu lugar, habría pensado de la misma forma.

—Bebes olvidarlo —aconsejó Shayton una vez más.

Guardaron silencio unos minutos. De pronto, la carretera dejó de ser recta al adentrarse en la barrera de colinas que cerraban el valle por el lado noroeste.

CAPÍTULO IX

Shayton conducía con gran lentitud, cosa que no dejó de extrañar a la joven. Cuando estaban a la mitad del trecho de curvas, Shayton vio a lo lejos un coche que se acercaba a toda velocidad.

—Cuidado, Britt —advirtió a media voz.

Redujo la marcha más todavía. El coche, debido a una curva, desapareció de pronto ante los ojos de la pareja.

Shayton empezó a temer lo peor. Le parecía que el coche apenas entrevisto, era de color gris fuerte. Recordaba un coche del mismo color y el instinto le hizo ser más precavido.

De súbito, divisó una alta roca a su izquierda, la cual formaba como una especie de parapeto en la dirección contraria. La roca estaba a la entrada de una curva muy cerrada. Sin pensárselo dos veces, Shayton pisó a fondo el acelerador, cruzó oblicuamente la carretera y frenó en seco junto al enorme pedrusco.

Todavía chirriaban los frenos cuando oyeron el rugido de un coche y el chillido de los neumáticos. Tanto él como Britt volvieron la cabeza.

El coche gris asomó a enorme velocidad por la curva, pero rodando por el carril contrario. Durante un segundo, Shayton pudo ver en la cara del conductor un tremendo gesto de sorpresa al no encontrar a su automóvil en el lugar en que había esperado alcanzarlo. Pero casi inmediatamente, sobrevino la catástrofe.

Las ruedas de atrás patinaron en la gravilla cuando el conductor, imprudentemente, pisó el freno. Los neumáticos protestaron ruidosamente. El coche coleó aparatosamente. Un instante después, saltaba al vacío.

Britt gritó, aterrada. Shayton abrió la portezuela. El terrible estruendo del impacto llegó a sus oídos. Un instante después, oyó

una sorda explosión.

La humareda de la gasolina que ardía se elevó inmediatamente al cielo. Shayton se asomó un instante al precipicio y luego regresó corriendo al coche.

Britt le miró inquisitivamente.

—Ya debe de estar muerto, aunque sólo sea del golpe de la caída —dijo—. El fuego destruirá el coche por completo.

Shayton puso el automóvil en marcha, retrocedió y arrancó de nuevo.

—No me gusta, pero, por el momento, callaré lo sucedido —continuó—. El humo no tardará en alertar a alguna patrulla de carreteras.

Britt asintió en silencio. Estaba muy pálida.

—Trató de matarnos —dijo.

—Lo mismo que hizo Steimler con Brown, sólo que éste, supongo, incluso quería correr el riesgo de golpearlos con la aleta delantera de su coche, para conseguir así mejor sus propósitos. Había calculado encontramos en el saliente de esa curva, pero se arrimó demasiado al borde exterior. Por eso no pudo dominar el coche.

—Siento escalofríos cada vez que lo recuerdo —dijo ella—. Tú previste lo que podía ocurrir, ¿no es así?

—Vi venir el coche de lejos. Era del mismo color que el del tipo que nos tiroteó a Alice y a mí. Además, corría excesivamente. Por eso recelé de él en el acto.

—Ahora he comprendido bien cómo murió Brown. Pero no acabo de entender el porqué, Brad.

—Hay una fórmula que vale millones, preciosa. Cientos de millones, según Alice.

Britt se volvió en su asiento para contemplar al joven.

—¿Qué clase de panacea inventaron esos pobres chiflados? —preguntó, un tanto burlonamente.

Shayton se dijo que podía confiar en la joven.

—Un combustible nuevo, que apenas deja residuos y es baratísimo de fabricar. Según Alice, con tinas gotas de ese combustible en algunos litros de agua filtrada, se podrá sustituir perfectamente a la gasolina.

Britt se echó a reír.

—Los antiguos alquimistas también buscaban la piedra filosofal, que podía convertir en oro cualquier metal, pero sobre todo el plomo —dijo—. Ese combustible, en efecto, podría resultar la piedra filosofal de este siglo, salvo por una cosa.

—¿Sí?

—Tendrían que ser sustituidos todos los motores de explosión y, para que funcionasen los nuevos, deberían tener un tamaño prohibitivo, lo que haría prácticamente imposible su aplicación en los automóviles particulares, que es lo que se busca sobre todo.

Shayton respingó.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Querido, no descarto que, efectivamente, Brown y Steimler dieran con una fórmula milagrosa. Pero no siempre me dedicaba a... la vida alegre; a fin de cuentas, no puedo olvidar mis estudios y leía con más frecuencia de la que tú crees libros y revistas científicas, muchos de los cuales conteniendo artículos sobre temas parecidos. Créeme, Brad, lo que dice Alice es, por ahora, una utopía.

—Irrealizable.

—Tanto como eso... Pero muy difícil, por ahora, ya que no me atrevo a decir imposible.

La carretera descendía ahora hacia el valle. Shayton se quedó muy pensativo al oír las palabras de su hermosa acompañante.

—Tendré que decírselo a Alice —habló tras una larga pausa de silencio.

—No la desengañes todavía —recomendó Britt—. Además, ¿quién sabe si no es cierto? En química se han hecho descubrimientos que parecían impensables hacía muy pocos años. Lo único que he querido decir es que, personalmente, me siento escéptica sobre el particular.

—Comprendo —sonrió él—. Si tú tuvieras razón, los demás estarían engañados.

—Sí, Brad.

—Y todas esas muertes...

Ella se puso seria bruscamente.

—Habrían sido por nada, por unos cuantos litros de agua filtrada —dijo.

El coche se detuvo frente a la villa. Shayton se apeó y ayudó a que Britt abandonara el vehículo. Ella contempló críticamente la construcción.

—No me gusta —dijo.

—Demasiado sencilla.

—Oh, no es eso. Muy mal gusto, simplemente.

—A Brown le agradaba. ¿No eres tú la que dijo, en latín, que de gustos no hay nada escrito?

—Sí, pero..., ¿este armatoste! En fin, Brad, ¿a qué hemos venido aquí?

Shayton sonrió.

—En primer lugar, a darnos un paseo. Hace un día excelente, el paisaje es muy agradable...

—Vamos a ver la casa —propuso Britt rápidamente.

Shayton suspiró.

—La curiosidad femenina —dijo.

—Es que quiero conocer el interior, para saber cómo no he de decorar la mía, cuando tenga una villa de recreo.

—No es mala explicación —convino él.

Shayton hizo saltar la llave en la palma de la mano. Se la había guardado después de la visita que hizo en compañía de la dueña. Alice no había puesto la menor objeción.

Apenas abrió, Britt lanzó un grito:

—¡Vaya pocilga!

Shayton respingó. La casa estaba completamente revuelta en el interior, incluso con algunas sillas volcadas. Los cojines y almohadones del diván y los sillones aparecían por el suelo y desventrados a cuchilladas.

—Britt, la casa estaba en perfecto orden cuando vine a verla con su dueño —dijo Shayton muy serio.

Ella se volvió rápidamente.

—Entonces...

—Alguien la ha registrado a fondo en busca de la fórmula.

—Comprendo. ¿La habrá encontrado?

Shayton pensó en el hombre del coche gris.

—Quizá se haya quemado —dijo.

Britt contuvo la respiración, al acordarse del terrible accidente.

—Es posible —murmuró—. ¿Se lo dirás a Alice?

—Es mi obligación. Vamos a ver si ordenamos todo esto poco —dijo el joven.

Britt asintió. Las habitaciones interiores estaban asimismo terriblemente revueltas. Claramente se notaba el objetivo del registro.

Sin darse cuenta, se separaron. Minutos después, Britt llamó al joven:

—¡Ven, por favor!

Shayton corrió hacia donde estaba ella. Britt, en una pequeña terraza posterior, señalaba con la mano tres o cuatro recipientes de plástico, capaz cada uno de ellos para diez litros.

Los bidones estaban en el interior de un pequeño armario que los protegía de la intemperie. Las dos puertas estaban abiertas de par en par.

—El hombre que registró la casa lo hizo muy mal —dijo ella.

—¿Estaba cerrado el armario cuando lo viste por primera vez?

—Sí, aunque no con llave, Brad.

Shayton sacó una de las latas y quitó el tapón. Luego se agachó para oler su contenido, ya que estaba llena.

—Huele muy poco, pero no identifico el olor —dijo.

—Déjame a mí —pidió ella.

Pero Britt tampoco consiguió averiguar qué era aquel líquido que apenas olía y que, tras verter un poco en el suelo, se vio era absolutamente transparente y de una densidad análoga a la del agua.

De pronto, Shayton chasqueó los dedos.

—¡Ya lo tengo! —exclamó.

Ella se volvió para mirarle con interés.

—Habla, no me tengas sobre ascuas —pidió.

—Alice mencionó la existencia de treinta o cuarenta litros de la fórmula. Pero no dijo que estuvieran en la casa y el día que vine con ella, tampoco mencionó nada.

—Quizá ni ella misma lo sabía —opinó Britt.

—Es probable. Me gustaría hacer una prueba —dijo Shayton.

—¿En tu coche?

Shayton meditó unos momentos.

—Creo que he dado con la solución —dijo al cabo—. A dos kilómetros, hacia el Este, hay una estación de servicio. Lo sé porque el día que vine con Alice, fuimos allí a repostar su coche.

—Pero si esto es el combustible, no necesitas...

—Vi el escaparate de repuestos y hay allí esas pequeñas bombas que sirven para trasvasar gasolina de un depósito de automóvil al de otro que haya podido quedarse accidentalmente sin combustible o bien para pasar la de la lata de repuesto. ¿Comprendes ahora mi idea?

Britt asintió, con brillante sonrisa.

—Mientras haces el viaje, yo volveré a registrar la casa —contestó.

* * *

De pronto, al abrir el cajón de una cómoda que ya había examinado antes, creyó ver que el fondo, forrado de papel adhesivo de color madera, no era absolutamente liso.

Era un detalle en el que no se había fijado antes. Britt pasó las yemas de los dedos por el fondo del cajón y notó un relieve inconfundible. Bajo el forro de plástico, que simulaba madera, había un delgado paquete de hojas de papel.

—Tal vez la fórmula —se dijo, excitadamente.

Intentó despegar el papel, pero no lo consiguió. Su primera idea fue ir a la cocina, pero rectificó y se encaminó al baño, en donde encontró una hoja de afeitar, que estimó mejor que un simple cuchillo.

Regresó al dormitorio. El filo de la cuchilla empezó a pasearse junto al borde de las cuartillas tapadas por el forro plástico.

De pronto, Britt creyó oír pasos a sus espaldas.

—¿Brad? Escucha, creo que ya he encontrado lo que buscábamos —exclamó alegremente.

Los pasos se acercaron. Britt se extrañó que el joven no hiciera el menor comentario a sus palabras. Entonces sintió una súbita alarma.

Empezó a volverse. Algo que, olía profundamente, dulzón y repulsivo a un tiempo, se apoyó en su rostro. Dos manos fuertes la sujetaron por la nuca y los hombros al mismo tiempo. Con ojos

desorbitados por el terror, Britt contempló una máscara negra, detrás de la cual había un brillo especial en los huecos correspondientes a los ojos. Pero el narcótico hizo sus efectos a los pocos instantes y perdió el conocimiento.

Más tarde, creyó que llovía. Pero era Shayton, que rociaba con agua su cara, a fin de hacerle recobrar el conocimiento.

CAPÍTULO X

Sentada en un sillón con la tapicería desventrada, Britt aceptó con triste sonrisa la taza de café que le ofrecía el joven.

—Lo siento —dijo—. Después de encontrar la fórmula, dejé que se la llevarasen...

—Importa más que estés bien —contestó él—. Y si nuestras presunciones son ciertas, el desconocido se llevó solamente un puñado de billetes, mientras que nosotros disponemos de cuarenta litros del combustible Brown-Steimler.

—¿Siguen aún los recipientes en la casa?

—Sí; por lo visto, no se asomó siquiera a la terraza. Yo creo que estaba espiándonos y que decidió acercarse a la casa, cuando vio que me dirigía a la estación de servicio. Para ese individuo, resultaba más fácil atacar a una mujer.

—Sola y completamente desprevenida.

—Lógico —sonrió él—. ¿Le viste la cara?

—No tenía toda la cabeza cubierta por una capucha negra. Pero los ojos le brillaban de un modo especial, como si fuesen de vidrio...

—Tal vez tiene un ojo de cristal, porque es tuerto, Britt.

—No, había cristal en los dos.

—Unos lentes —sugirió Shayton.

—La armadura habría abultado bajo la tela negra y no se notaba —dijo la joven.

—Entonces, no lo comprendo. ¿Viste más detalles?

—No, estaba junto a mí y su cara y la mía aparecían juntas. Esto me impedía ver otra cosa que no fuese la capucha y sus ojos, unos horribles ojos de pez muerto...

—Vivo y bien vivo —gruñó Shayton—; pero lo que importa es

que no has sufrido sino un ligero desvanecimiento. ¿Te encuentras ya mejor?

—Sí. La acción del narcótico no ha sido muy pronunciada. Calculo que el hombre retiró la compresa en cuanto vio que yo perdía el conocimiento.

—Debía de andar por ahí escondido. Incluso es probable que aguardase en alguna parte el resultado del ataque de su compinche, el que intentó tirarnos con el coche por el barranco.

—Pero entonces, ¿por qué no me mató, aprovechándose de que estaba sola?

—Britt, recuerda que el amenazado soy yo. A ese sujeto no le interesan otras muertes, ¿comprendes?

Ella hizo un gesto de asentimiento. Dejó la taza a un lado, se puso en pie y alisó la falda con las manos.

—Ya estoy completamente bien —dijo—. ¿Hacemos la prueba con el combustible secreto?

—Vamos allá.

Shayton salió a la terraza y regresó con una lata. Junto con Britt, descendió al lugar donde estaba su coche. Ella vio otra lata y una caja de cartón.

Shayton abrió la caja, de la que sacó la bomba manual. Momentos después, la gasolina del tanque se esparcía por la tierra. Shayton bombeó cuidadosamente, a fin de dejar el depósito absolutamente vacío.

Había traído también un embudo, con el que se ayudó para vaciar el contenido del bidón en el tanque de la gasolina. Al terminar la operación, se sentó tras el volante y dio el contacto.

El motor arrancó, pero se apagó a los pocos segundos. El suelo hacía una ligera pendiente y Shayton probó de hacer arrancar el motor, dejando que el coche se deslizara unos metros, hasta adquirir cierta velocidad, con lo que pudo embragar, al objeto de conseguir el encendido por este procedimiento de emergencia. Pero el motor permaneció obstinadamente apagado.

Echó el freno y regresó junto a Britt, que había contemplado expectantemente todas las operaciones.

—Si eso es el combustible secreto..., una de dos: o no sirve, o necesita un motor especial o bien alguna especie de nuevos carburadores que provoquen las explosiones en los cilindros. Pero

no sirve en absoluto con un motor común y corriente.

—Sin embargo, el coche arrancó...

—Quedaban algunas gotas de buen combustible en el carburador y en la bomba de gasolina —explicó Shayton.

—Y ahora sólo hay agua...

—Por fortuna, me traje una lata de repuesto de gasolina auténtica —sonrió él—. El inconveniente, sin embargo, estriba en vaciar de ese líquido el carburador y la bomba de gasolina. Voy a pedirte una cosa, mientras yo me convierto en mecánico.

—Sí, Brad.

—Está anocheciendo y por alguna parte debe de haber latas de conserva.

Britt sonrió hechiceramente.

—Prepararé una buena cena —dijo.

Y ya se disponía a subir la escalera, cuando, de pronto, se volvió de nuevo hacia el joven.

—Brad, no sé cómo disculparme...

—La culpa no es tuya —dijo él.

—Pero tú, quizá, desconfiarás de mí. Tal vez pienses que estaba de acuerdo con el hombre de los ojos de pez muerto.

—Eres tú la que ahora desconfías de mí y eso no me gusta, Britt. Ella hizo un gesto con la cabeza. Tenía los ojos húmedos.

—Gracias, querido —musitó.

* * *

Al día siguiente, por la mañana, Shayton hizo una llamada telefónica.

—Tengo malas noticias para usted —dijo.

—¿Peores todavía? —exclamó Alice Brown.

—Ayer por la tarde, estuve en la villa del lago. Encontré tres o cuatro latas con el combustible secreto. Lo siento, pero mi automóvil se negó a andar con ese líquido.

—¡Imposible!

—¿Lo ha probado usted?

—No, pero...

—Entonces, no diga que es imposible a un hombre que trató de mover su automóvil con la fórmula de su padre y el doctor Steimler,

y fracasó estrepitosamente.

—Me parece fantástico. ¿Dónde estaba el combustible, que yo no lo vi cuando estuvimos los dos juntos?

—¿Es que no lo sabía?

—No, yo sólo conocía la existencia de treinta o cuarenta litros, pero no el lugar donde se guardaban.

—Bien, en ese caso, le diré que estaban en el armario externo de la terraza posterior. Nosotros los encontramos allí...

—¿Nosotros? ¿Quién le acompañó, señor Shayton?

El joven se maldijo por aquel desliz, pero ya no podía ocultarlo, aunque había tenido el propósito de no decir nada acerca de la compañía de Britt.

—Vamos, hable —pidió Alice.

—Britt Ponsomby vino conmigo, señorita Brown.

—¡Ésa...!

—Usted siente aversión hacia ella y comprendo sus motivos, aunque no los justifique en absoluto. Pero me doy cuenta de que no se ha molestado en absoluto en conocer los antecedentes de Britt.

—¿Para qué? —replicó ella desdeñosamente—. ¿No es suficiente con lo que sabemos? Es una...

—Señorita Brown, esa chica estuvo a punto de graduarse en Ciencias Químicas. Por tanto, tiene cierta experiencia sobre el particular, aunque, por supuesto, no tanta como la de su difunto padre o el doctor Steimler.

—Bueno, no discutiré más este asunto. ¿Encontraron algo?

—Unos treinta o cuarenta litros de un líquido que, suponemos, es la fórmula secreta que elaboraron entre su padre y Steimler.

—El principal autor fue mi padre. Steimler no hizo sino perfeccionar...

—Estábamos hablando del combustible secreto, señorita Brown —cortó Shayton irritadamente.

—Es verdad —dijo ella—. Lo siento, me había puesto furiosa.

—Usted tiene la virtud de ponerse furiosa por cualquier fruslería. Compadezco a su marido.

—Soy soltera —se picó Alice.

—Cuando se case.

—En todo caso, no con usted, abogado.

—No lo desearía en absoluto. Usted es de la clase de mujeres

que son la delicia y el sustento de los abogados especializados en casos de divorcio.

Sonó un grito de rabia.

—¿Me ha llamado solamente para decirme esa sarta de tonterías? —gritó la joven.

—Ya le dije antes para qué la había llamado, pero usted ha empezado a irse por las ramas...

—Está bien, volvamos al asunto —dijo Alice.

—De acuerdo. Como ya le he dicho, encontramos treinta o cuarenta litros de ese combustible mágico...

—Revolucionará al mundo, abogado.

—Al motor de mi coche no lo ha revolucionado en absoluto —dijo Shayton con sorna.

—¿Cómo?

—Simplemente, traté de probar de mover mi coche con ese combustible, pero tanto daría que lo hubiese puesto en un molino de viento.

—No comprendo. Mi padre y Steimler estaban absolutamente convencidos...

—Lo siento, señorita Brown.

—Quizá se haya equivocado usted, todo es posible. Ahora bien, tampoco conviene descartar un error por nuestra parte...

—¿A quién se refiere al hablar en plural?

—A Britt Ponsomby, por supuesto, aunque no le guste. Decía que yo también puedo estar equivocado y quizá ese combustible requiere aparatos complementarios especiales para el motor.

—Nunca oí nada al respecto; pero, dígame, ¿qué pinta Britt en todo este asunto?

—Es mi asesor científico —dijo Shayton, muy serio.

Alice lanzó un bufido despectivo a través del hilo.

—Sólo tiene seso para conseguir joyas —dijo.

—En lo cual, la gana a usted —contestó Shayton mordazmente, porque no acababa de comprender las causas de la animadversión de Alice hacia Britt—. Pero, insisto, es mi asesor científico.

—Supongo que no puedo evitarlo. ¿En qué le va a asesorar esa prójima?

Shayton decidió hacer caso omiso de los insultos de Alice. De otro modo, pensó, la discusión no terminaría nunca.

—Dígame, ¿ha visto alguna vez una muestra del combustible Brown-Steimler? —preguntó—. Si ha sido así, ¿recuerda su olor?

—No, en absoluto.

—Está bien. ¿Dónde está Sanderson?

—No tengo la menor idea. Se fugó en sus propias narices, recuérdelo.

—Sí, lo tengo muy presente. Creo que ya es bastante por hoy, señorita Brown. La tendré al corriente de mis investigaciones. Adiós.

Shayton colgó el teléfono bastante malhumorado. Alice Brown podría ser una chica honesta, cosa que, por el momento, ni siquiera podía discutir; pero su actitud presente desmentía por completo su apariencia dulce y amable. Especialmente, el rencor que sentía hacia Britt la hacía desmerecer por completo a los ojos del abogado.

Quizá, pensó, Alice creía que Sanderson se había escondido en alguna parte, ayudado por Britt. Si era así, estaba completamente equivocada.

El teléfono sonó repentinamente, arrancándole a sus reflexiones. Shayton se alegró enormemente al oír la voz da Britt.

—Tengo una grave noticia que darte —manifestó la joven—. Steimler está vivo.

* * *

Shayton se quedó de una pieza al oír aquellas palabras.

—¿Cómo lo sabes? —exclamó—. ¿Le has visto?

—No, acaba de hablarme por teléfono...

—Aclaremos esta cuestión. Britt, ¿te ha llamado desde el más allá?

—Oh, no bromees, Brad, es algo muy serio. Insisto en que Steimler está vivo.

—Bien, dime ahora en qué te basas para opinar de ese modo.

—Acaba de llamarme, ya te lo he dicho. Disfranzaba la voz, por supuesto, ya que me amenazó y dijo que debía abandonarte, porque no quería matarme cuando te matase.

—¡Qué truculencia! —rió Shayton—. ¿Nada más?

—Espera, no te rías, porque yo tengo los pelos de punta...

—Ahora ya se te pueden poner así —dijo él de buen humor,

pero más que nada, para animar a la joven—. Continúa, por favor.

—Bien, Steimler dijo que te abandonase, para que yo no sufriese ningún daño cuando te matase.

—Muy considerado, ciertamente. ¿Y...?

—Disfrazaba la voz, pero yo sé que era él.

—¿Por qué?

—Tú ya sabes que lleva quince años en el país y casi ha conseguido borrar por completo su acento alemán. El hombre que me habló no tenía ese acento, pero, en cambio, no pudo evitar ciertas expresiones que llamaron mi atención, porque Steimler también las empleaba cuando hablaba conmigo.

—Creo que entiendo. Aunque disfrace el tono de su voz y no se le note el origen alemán, la construcción de las frases deja que desear.

—Exactamente. Por eso sé que está vivo. Es más, pienso que fue él quien me atacó en casa de Alice Brown.

—¿Seguro, Britt?

—Steimler usaba lentes con cristales muy gruesos. Ahora bien, el hombre que me atacó tenía los ojos de pez muerto. Probablemente, llevaba lentillas de contacto en aquellos momentos.

—Dicen que no se notan...

—A tres o cuatro pasos de distancia y cuando no se conoce a la persona, tal vez. Pero cuando los ojos que te miran están a un palmo escaso de distancia, sí se notan, sobre todo, porque son de una elevada graduación óptica.

—Sí, creo que entiendo —dijo Shayton preocupadamente—. Pero, entonces, ¿quién fue el que murió en el incendio del laboratorio?

—Eso es cosa de la policía, Brad. Yo me siento ahora muy nerviosa...

—Britt, no te preocupes; hablaré con el teniente Nevine para que destaque un par de agentes de protección. Y continúa con tus análisis, ¿estamos?

—Sí, querido.

—No te preocupes más por mí. Sigue trabajando, eso es todo.

Shayton habló con el teniente Nevine, a quien comunicó todo lo que sabía sobre el particular. Nevine le prometió enviar un par de agentes para proteger a la joven, con lo que Shayton se quedó

mucho más tranquilo.

Apenas había colgado el teléfono, Shayton recibió un aviso de su secretaria:

—Señor, el señor Petrovsky desea visitarle.

CAPÍTULO XI

Larry Petrovsky entró en el despacho, petulante, seguro de sí, con la sonrisa en los labios. Contaba unos treinta y cuatro años y, aparte de la elegancia de su atuendo, bastante afectada, llegó envuelto en un aura de pretendido perfume varonil, que no contribuyó precisamente a hacerle simpático a los ojos de Shayton.

—¿Cómo está, abogado? —saludó desenvueltamente, mientras se sentaba frente a la mesa de despacho y cruzaba las piernas—. Gracias por haber accedido a recibirme, en primer lugar.

—Encantado —mintió Shayton—. ¿En qué puedo servirle?

—Verá, me he enterado de que es usted el encargado de defender los intereses de la señorita Brown y por eso estoy aquí.

—Tienen usted un magnífico servicio de información, señor Petrovsky. Dígame, ¿por casualidad conocía usted a Mark Zendly?

El visitante puso cara de lástima.

—Una gran desgracia —suspiró hipócritamente.

—¿Le conocía?

—Sí, en tiempos tuvimos negocios en común...

—Y también los tuvo con Clint McBride.

—Resultó ser un sinvergüenza y dejé de tener tratos con él.

—Sobre todo, cuando la persona que iba a ser chantajeada se negó a pagar un solo centavo por el rescate de las cartas que usted entregó desconsideradamente a McBride.

Petrovsky seguía sonriendo.

—Pecadillos de juventud —dijo—. Ahora me siento muy arrepentido.

—Ya —contestó Shayton con acento irónico. No valía la pena seguir hablando sobre el particular—. Bien, pero creo que antes mencionó usted a la señorita Brown.

—Sí, es cierto. Le robaron una fórmula muy valiosa. Yo he venido a entregarla, puesto que he conseguido recuperarla y estimo que le pertenecerá ella únicamente.

Shayton arqueó las cejas.

—Señor Petrovsky, ¿qué pide usted a cambio? —preguntó.

El visitante se puso las manos en el pecho.

—¿Yo? Por favor, abogado... No negaré que mi vida pasada haya tenido pasajes poco edificantes, pero creo que todavía estoy a tiempo de rectificar y volver a una existencia honesta y libre de preocupaciones. Ciertamente, he estado mezclado en un asunto nada claro, aunque sí le aseguro que no tengo nada que ver con las muertes cometidas. Por eso le he traído la fórmula, para que usted se la entregue a la propietaria. Pero, por favor, no me pregunte cómo la he obtenido. Devuélvasela, sin más, se lo ruego.

Petrovsky sacó de su bolsillo interior un grueso sobre, que depositó sobre la mesa. Shayton pudo apreciar que el sobre estaba rasgado, de modo que se pudieran sacar los papeles que había en el interior, y también advirtió los resultados de haber sido manoseados por varias personas.

—¿Y no pide nada a cambio? —preguntó, extrañado.

Petrovsky emitió una sonrisita de circunstancias.

—Si la señorita Brown quiere recompensarme, aceptaré cualquier cosa que ella quiera darme —dijo—. Pero no le pediré un solo centavo; ya le he dicho que quiero volver a la vida honrada y éste es el primer paso, absolutamente firme y seguro —añadió Petrovsky con gran énfasis.

—Está bien, se lo diré así a la señorita Brown —contestó Shayton—. Y, ahora, por favor, deme su domicilio.

Petrovsky accedió sin dificultades. Luego se puso en pie.

—Aguarde un momento —rogó Shayton.

—Usted dirá...

—Yo estaba con Zendly cuando murió. Empezó a pronunciar su nombre, pero no tuvo tiempo de completarlo. Al parecer, Zendly sabía ya que usted tenía la fórmula...

—En efecto, conseguí comprársela a Sanderson por cincuenta mil dólares. Es el precio que yo he estimado debo pagar por mis pecados anteriores. Por favor, no se lo diga a la señorita Brown; repito que ella me recompensará, si lo cree conveniente.

—De modo que convenció a Sanderson...

—Sí, en el fondo, era un poco ingenuo —sonrió Petrovsky—. Paro, sin embargo, había traicionado a Alice. Eso no me gustó en absoluto, aunque yo sé que no puedo tirar la primera piedra. Abogado, le aseguro que he tenido un gran placer...

Petrovsky volvió a saludar y se marchó.

Shayton quedó solo en el despacho, bastante preocupado. La supuesta actitud honesta del visitante no le había convencido un solo momento. Había cosas verdaderas en sus manifestaciones, pero también una gran cantidad de falsedades. Deslindar unas de otras no iba a ser tarea fácil.

Lanzó una mirada al sobre, de color amarillo muy claro. ¡Cuántas personas habían muerto por los papeles que había en su interior! El sobre aparecía bastante sobado, lo que indicaba que había sido tocado por muchas manos. ¿No se habrían hecho copias de los documentos que guardaba en su interior?

Encendió un cigarrillo, se puso en pie y caminó hacia la ventana. Estaba situada al nivel de un tercer piso y dominaba una buena extensión de la calle.

Petrovsky salía del edificio en aquel momento. Shayton le vio quitarse los guantes con gran cuidado y arrojarlos por imbornal de una alcantarilla.

El gesto le sorprendió vivamente. Petrovsky entró en una cafetería cercana y salió a los pocos momentos. Por sus gestos, Shayton adivinó que se había lavado las manos.

El detalle le chocó sobremanera. De pronto recordó que todos los que habían tenido en sus manos aquellos documentos estaban muertos.

Un sudor frío inundó su frente en el acto. Sus ojos volvieron al sobre, que ahora le parecía tan mortífero como una pistola cargada.

Acercándose al interfono, tocó la tecla de contacto y llamó a la secretaria:

—Traiga unas pinzas y un sobre grande, por favor.

—Sí, señor.

La secretaria entró a los pocos segundos. Con la ayuda de las pinzas, Shayton tomó el sobre que contenía la fórmula y lo depositó en el otro más grande, cerrándolo a continuación. Mientras tanto, la secretaria le contemplaba con ojos de pasmo.

—¿Por qué...?

—Muchacha —dijo Shayton—, lo que hay ahora en el sobre es una especie de bomba, cuya carga nunca se agota.

La secretaria se quedó con la boca abierta. Aún seguía así, cuando Shayton salía del despacho.

* * *

El teniente Nevine contempló con gesto pensativo el sobre blanco que su visitante acababa de entregarle.

—De modo que usted supone...

—Larry Petrovsky tiró sus guantes apenas salió del edificio —dijo Shayton—. No es corriente que un hombre lleve guantes a la entrada del verano, por muy elegante que sea. Claro que en un principio no me percaté del detalle, ya que lo había tomado por un sujeto exageradamente afectado. Pero tampoco, después de una visita, es corriente tirar los guantes a una alcantarilla.

—¿Le había estrechado la mano? —preguntó Nevine.

—No. Es más, después de tirar los guantes, entró en una cafetería cercana donde, seguramente, se lavó las manos.

—¿Sólo por tocar el sobre?

—O los documentos que hay en su interior. Ese sobre ha estado en muchas manos y todos los que lo han tenido en su poder han muerto.

—Kallas murió a tiros, no envenenado —recordó Nevine.

—Porque a él no le interesaba el contenido del sobre y, seguramente, no lo abrió. Además, lo entregó enseguida, a las pocas horas de cometido el crimen.

—Sí, va teniendo usted razón —convino el policía—. Haré que analicen el sobre y los papeles que contiene... A propósito, tengo que darle una noticia, Shayton.

—Diga, teniente.

—Hemos identificado el cuerpo de un individuo que murió ayer en un accidente de automóvil. Se llamaba Sanderson.

Shayton respingó ligeramente.

—¿Quién lo iba a pensar? —murmuró—. Claro que, bien mirado... Gracias por todo, teniente. No deje de avisarme cuando sepa algo.

—Váyase tranquilo, Shayton.

De allí, Shayton se encaminó a casa de Britt. Ella le recibió ataviada con una bata blanca y las manos cubiertas por unos guantes de goma.

—He montado un laboratorio rudimentario en el segundo cuarto de baño —explicó ella, después de besarle en una mejilla—. Pero no es mucho lo que he conseguido hasta ahora.

—Bueno, no hay que desesperar...

—He encontrado ligerísimos rastros de azufre y benzol en el agua, y quizá haya alguna otra sustancia. Pero me huelo que todo es un fraude.

Shayton enarcó las cejas.

—¿Seguro, Britt?

Ella empezó a quitarse los guantes.

—Me recuerda el timo del líquido milagroso que se añade al agua y sustituye a la gasolina. Los timadores disponen de dos recipientes idénticos, uno de los cuales contiene gasolina auténtica, convenientemente desodorizada. Ésta es la que va a parar al tanque del coche, simulando ser el líquido milagroso. Naturalmente, el motor se pone en marcha.

—Sí, voy comprendiendo.

—La víctima compra la fórmula, se deja todo su dinero y se lleva la segunda lata, que no contiene sino agua levemente coloreada y que huele igual que el combustible anterior. Cuando descubre el engaño, los timadores están a mil millas...

—Sí, pero aquí se han producido varios asesinatos, lo que convierte el asunto en algo muy distinto de un timo.

—Lo sé, pero no he podido evitar la analogía. Y, ¿quién sabe si no están todos engañados?

—¿Incluso Steimler?

—Como sea, el líquido que trajimos de la casa de Alice Brown me parece algo enteramente inocuo —insistió la joven—. ¿Quieres una copa?

—Sí, gracias.

Britt se dispuso a servir la bebida. El teléfono sonó en aquel momento.

—Atiéndelo, Brad, por favor —indicó.

Shayton cruzó la sala y levantó el aparato. Al instante reconoció

la Voz de su secretaria.

—Supuse que estaría en casa de la señorita Ponsomby, señor. El señor Warburton quiere hablar con usted urgentemente desde Washington.

—Está bien, póngame con él.

La voz de Warburton sonó a los pocos segundos:

—Brad, tengo noticias muy interesantes para ti —dijo.

CAPÍTULO XII

Alice Brown abrió la puerta y contempló especulativamente el rostro de su visitante, un tanto encarnado.

—Hola —dijo—. Ha estado dos días sin darme noticias...

—Lo siento —se disculpó Shayton. He tenido mucho trabajo. Estoy realmente fatigado. Incluso diría que tengo fiebre... ¿No me invita a una copa?

—Claro, hombre —sonrió Alice—. Ande, siéntese y cuénteme cosas. Seguro que trae noticias interesantes.

—Sí, desde luego.

Alice fue al aparador de los licores, llenó una copa y volvió al diván en que se había sentado su visitante.

—Vamos, anímese —dijo.

El cuerpo de Shayton sufrió una fuerte sacudida.

—Tengo escalofríos... ¿Sabe?, estuvo a verme un tal Petrovsky y me devolvió la fórmula.

—¡Magnífico! —exclamó ella, entusiasmada—. ¿Dónde la tiene?

—La he enviado a Washington, para que mi amigo Warburton se ocupe de las operaciones de registro... Oh, qué mal me siento...

Alice se inclinó solícita hacia el joven.

—¿Quiere que llame a un médico?

—No sé... No me gustaría molestarla...

Ella le tendió una mano.

—Venga —dijo—. Ahora se acostará un rato en mi propia cama. Dentro de media hora se sentirá como nuevo.

—Señorita Brown, me sabe mal molestarla tanto...

—No es molestia —insistió ella—. Al contrario, usted se ha portado conmigo estupendamente. Venga, se lo ruego.

Shayton se dejó llevar. Alice le condujo a su dormitorio e incluso

le ayudó a descalzarle. Luego corrió las cortinas, de modo que la estancia quedase sumida en una grata penumbra.

—Cierre los ojos y no se preocupe de más —dijo, cuando ya salía.

Shayton obedeció. La joven, en la sala, alzó el teléfono y marcó un número.

—Ya puede subir —dijo, cuando la persona que estaba al otro lado de la línea hubo contestado.

—A punto de quedar K. O.

—Muy bien, deje la puerta entreabierta, así no hará falta que llame.

—Desacuerdo.

Ella dejó el teléfono sobre la horquilla y cruzó la sala. Abrió como le habían indicado y volvió a la mesita donde estaba la cigarrera. El humo brotó a los pocos momentos por su boca y su nariz.

Un hombre grueso, de paso pesado y torpe entró en la casa unos minutos después.

—¿Dónde está? —preguntó.

Alice movió la cabeza.

—Allí, en mi dormitorio —indicó.

El recién llegado cruzó la sala y se asomó al dormitorio. Una extraña sonrisa apareció en sus labios.

Sobre la cama había un hombre completamente inmóvil, con la piel ennegrecida.

—Bueno, al fin hemos quitado de en medio a este entrometido —dijo.

—Queda Petrovsky —recordó ella.

—Ya nos ocuparemos de ese tipo a su debido tiempo. Ahora...

—Ahora, el principal problema que tienen es el de deshacerse de un cadáver inoportuno, ¿verdad?

Sonó un grito de terror. Sentado en la cama, Shayton sonreía tranquilamente.

La joven retrocedió. El hombre de los lentes de grueso cristal lanzó una gruesa interjección:

—¡Donnerweter!

—Que en su idioma nativo, si no recuerdo mal, significa «rayos y truenos», doctor Steimler —dijo Shayton.

Shayton sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió la barbilla.

—Tinte —dijo, sonriendo.

Steimler y la joven le miraban estupefactos.

—Luego me limpiaré la cara —continuó Shayton—. Por cierto, ¿cuál es su verdadero nombre, señorita? La auténtica Alice Brown está en Washington y ha hablado con mi colega Henry Warburton, quien, naturalmente, me comunicó la sorprendente noticia.

—Me llamo Alice Steimler —dijo ella.

—Coincidencia de nombres. ¿Hija del doctor?

—Sí. Yo me quedé en Alemania del Este al cuidado de unos tíos, pero pude salir hace algunos años.

—Y entró en relación con el doctor Brown... y con su auténtica hija, supongo.

—Claro —admitió Alice sin pestañear.

—¿Quién era el hombre que murió en su lugar, doctor?

—Mi ayudante, Walt Carmody. Tenía casi mi edad y era más o menos como yo. El asesino no le reconoció, porque no me conocía personalmente.

—Por lo que veo, Kallas tenía orden de matar a un tipo de sus características, más o menos —dijo Shayton. Incluso puede que usted diera instrucciones a Carmody para recibir al pistolero.

—Le dije que irían a pedirle un sobre, ya preparado, a cambio del cual recibiría una importante cantidad de dinero —confesó Steimler.

—Y los papeles que contenía el sobre estaban impregnados de un veneno que hacía efectos a las cuarenta y ocho horas, más o menos. ¿Preparó usted el veneno, doctor?

—Sí. Eran papeles muy ásperos, lo que garantizaba la fricción con las yemas de los dedos. El veneno se incorporaba al torrente sanguíneo a través de los poros. A nadie se le ocurría lavarse las manos inmediatamente después de examinar los documentos.

—Excepto a Petrovsky porque, tal vez, estaba advertido o fue lo suficientemente listo para imaginárselo. Pero ¿por qué matar a todos los que intervinieron en el asunto?

—Muy sencillo; porque todos ellos, sin excepción y empezando por McBrine, habían copiado la fórmula.

—Pero todos ellos creían que usted estaba muerto, doctor.

Steimler sonrió de un modo extraño.

—Hay una compañía que está dispuesta a pagar una elevadísima cantidad por la patente —dijo.

Shayton empezó a comprender el fondo de la trama.

—Alice, ¿era usted muy amiga de la otra Alice? —preguntó.

—Sí —contestó la interpelada—. Yo conocía perfectamente todos los detalles de su vida, al menos, en los últimos años. Alice Brown se prestó voluntariamente a ser sustituida, porque recibió una supuesta amenaza de muerte. Yo dije que tomaría su puesto y que haría todos los posibles por rescatar la fórmula ideada por su padre y el mío. Incluso me dio un cheque para gastos, que es el que yo le entregué a usted.

—Alice, usted se mostraba muy furiosa hacia Britt Ponsomby. Sospecho que la hija del doctor Brown no habría obrado como usted.

—Me pareció que ayudaría a la ficción. Pero no creí que la otra Alice fuese a ver a Warburton...

—Simple, pero afortunada casualidad, ya que Warburton es uno de los abogados especializados en patentes con mayor reputación en la capital. Naturalmente, Warburton sospechó algo y me llamó en el acto.

—Dije a Alice que se estuviera quieta y que no hiciera nada hasta que le avisáramos —dijo la joven, rabiosa.

—Siempre hay imprevistos que lo echan todo a perder —sonrió Shayton—. Pero era un plan que no podía dar resultado.

—¿Por qué?

—Demasiado complicado, demasiado retorcido... y todo ello para vender un poco de agua teñida, con una dosis microscópica de azufre y benzol.

—Los trabajos de Brown iban por buen camino —gruñó Steimler.

—Ya, por eso lo quitó usted de en medio. Pero quizá se anticipó excesivamente, porque, en realidad, si bien era usted su colaborador principal, no era un consocio en el sentido estricto de la palabra. Quiso quedarse con todo, pero no ha conseguido nada.

—Los papeles que encontré en su villa del lago...

—Es cierto. ¿Contienen la fórmula?

—Lo que Carmody entregó a Kallas no eran sino unos papeles sin valor alguno, por muchas fórmulas que tuvieran escritas. En cambio, los que escondió Brown, pueden significar otra vez el arranque de las investigaciones.

—Como actúe usted tan acertadamente como en la ocasión anterior, no lo conseguirá, seguro —dijo Shayton burlonamente.

—¡Basta! —exclamó Alice, furiosa—. Papá, tenemos que acabar de una vez con este enojoso asunto.

Steimler miró torvamente al joven a través de sus gruesos cristales.

—Ella tiene razón, tenemos que acabar con usted —dijo.

—¿A tiros? ¿Como cuando disparó contra mí en la villa del lago? ¿O sólo lo hizo para hacerme ver que sus amenazas no eran vanas? ¿No le importó poner en peligro la vida de su propia hija?

—Ella está de acuerdo conmigo en todo —contestó Steimler orgullosamente.

—Salvo en una cosa. Britt Ponsomby y las joyas que usted le compraba.

—¡Cállese! —gritó Alice furiosamente—. Yo he hecho que mi padre volviese al buen camino y abandonase a aquella zorra asquerosa.

—Los regalos que su padre hacía a Britt la sacaban a usted de quicio, ¿verdad? —rió Shayton.

De pronto, Alice abrió su bolso y sacó una pistola con la que encañonó al joven.

—Voy a matarle —dijo roncamente.

—¡Quieta! ¡Tire esa pistola! —Sonó de pronto la voz del teniente Nevine.

Alice giró en redondo y disparó una vez. Nevine se tambaleó ligeramente, agarrándose el brazo derecho con la mano izquierda.

Junto a él había un hombre de uniforme. El agente de policía estaba armado y disparó. Alice gritó, tiró el arma, manoteó un poco y cayó de espaldas al suelo.

Steimler lanzó un agudísimo grito y se precipitó sobre el cuerpo inerte de la joven. Shayton miró compasivamente al hombre cuya codicia había sido causante de la muerte de su propia hija.

Meneó la cabeza y se dirigió hacia la puerta. Un policía atendía a Nevine, cuya herida era más aparatosa que dañina.

—Lo que queda es cosa suya, teniente —dijo.

Nevine hizo una mueca.

—Gracias, abogado —se esforzó por sonreír.

—Iré a verle otro rato —prometió el joven.

Siguió andando. De pronto, Nevine le llamó:

—Shayton, ya hemos echado el guante a Petrovsky —dijo.

—Una buena noticia —comentó el joven.

—En realidad, no era más que un mensajero. Pero no saldrá bien librado del asunto.

—Eso es cosa suya.

Shayton abandonó la casa. Ahora tendría que hablar con la auténtica Alice Brown y destruir las ilusiones que se había hecho. Pero antes tenía que hablar con otra persona.

* * *

—Probablemente, cuando se dieron cuenta de que habían asesinado prematuramente a Brown, concibieron la idea del timo. A fin de cuentas, Steimler tenía un sólido prestigio y podían hacerlo —dijo Shayton—. Lo curioso del caso es que tú lo adivinaste.

Britt sonrió.

—He estudiado química, no lo olvides —contestó— y no digo que un día no pueda conseguirse esa fórmula, pero me parece que ese día está todavía muy lejano. Ahora bien, ¿eran necesarias tantas muertes para timar un millón o dos de dólares, en lugar de los cientos que anunciaba Alice Steimler?

—Las muertes eran el elemento de misterio necesario para impresionar a los futuros compradores. Una fórmula que habría arruinado el mundo petrolífero no podía ser conseguida si no era a base de grandísimos riesgos. Y, por otra parte, todos los que morían eran elementos muy secundarios, vistas las cosas fríamente. La única genialidad, si se puede llamar así, estribó en la elaboración del veneno que mataba por contacto con la piel y a las cuarenta y ocho horas. Pero Steimler ya contaba con ello, puesto que se imaginaba que los poseedores de la supuesta fórmula intentarían copiarla para su propio provecho.

—Sí, una hipótesis completamente lógica —admitió Britt—. Eso tenía que impresionar forzosamente a los supuestos compradores.

—Todos los que murieron, de un modo u otro, formaban parte de la agencia de «servicios generales», incluido Sanderson. En realidad, no eran sino chantajistas y estafadores, la clase de gente ideal para montar el negocio y que se fueran traicionando los unos a los otros.

—Pero alguien pagó cincuenta mil dólares...

—Petrovsky y en un cheque falso. Otro timo a un colega.

—Sería cosa de reír, si no hubiese muerto tanta gente —dijo Britt pensativamente.

—Mi opinión personal es que debemos empezar a olvidarnos de ellos —aconsejó Shayton—. En cuanto a ti, objeto de lujo...

—No lo digas más, Brad —pidió ella, muy encarnada.

—Es que pretendo convertirte en un objeto útil.

—¿Cómo?

—Quizá no está bien decirlo, pero una esposa es siempre un objeto útil. Sobre todo, si concluye su carrera y se establece como asesor científico de una oficina legal especializada en patentes.

Ella sonrió hechiceramente.

—¿Hablas en serio? —preguntó.

Shayton estaba en el diván y movió una mano.

—Ven, siéntate a mi lado y te probaré que hablo completamente en serio —contestó.

Britt obedeció de muy buena gana.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.